Morada histórica

JUGUETE CÓMICO

ORIGINAL DE

Alexandre Bisson y J. Berr de Turique

ADAPTACIÓN ESPAÑOLA EN DOS ACTOS

POR

RICARDO BLASCO

Ejemplar impreso para servir como manuscrito, única y exclusivamente para las necesidades de la representación.

MADRID
SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES
Núñez de Balboa, 12

1907

MORADA HISTÓRICA

Esta obra es propiedad de su autor, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España ni en los países con los cuales se hayan celebrado, ó se celebren en adelante, tratados internacionales de propiedad literaria.

El autor se reserva el derecho de traducción.

Los comisionados y representantes de la *Sociedad de Autores Españoles* son los encargados exclusivamente de conceder ó negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

Droits de représentation, de traduction et de reproduction réservés pour tous les pays, y compris la Suède, la Norvège et la Hollande.

MORADA HISTÓRICA

JUGUETE CÓMICO

ORIGINAL DE

Alexandre Bisson y J. Berr de Turique

ADAPTACIÓN ESPAÑOLA, REFUNDIDA EN DOS ACTOS

POR

RICARDO BLASCO

Estrenada en el TEATRO LARA la noche del 19 de Octubre de 1907

MADRID

R. Velasco, impresor, Marqués de Santa Ana, 11

Teléfono numero 551

—

1907

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
MARGARITA (24 años).....	Srta. Domus.
CLOÉ (40 íd.).....	Sra. Rodríguez.
GENOVEVA (18 íd.).....	Srta. Suárez.
MARÍA (20 íd.).....	Pardo.
CLAUDIO BARROIS (30 íd.).....	Sr. Puga.
COLOMBIN (52 íd.).....	Rubio.
GASTÓN BAUDOIN (32 íd.).....	R. de la Mata.
CABRIAC (50 íd.).....	Mora.
FEDERICO (25 íd.).....	Pacheco.
DOCTOR DUFRESNOIS (60 íd.)..	Pérez Indarte.
FRANCISCO (50 íd.).....	Romea (A.)

Varios touristas

La acción en la finca de Fontenelles, en una localidad próxima á París.—Época actual, en primavera ó verano

Derecha é izquierda, las del actor

ACTO PRIMERO

Salón Luis XV con cuatro puertas laterales. Al foro tres huecos; el del centro, puerta con sus hojas correspondientes, y á los dos foros balcones con sus hojas vidrieras, que se abren hacia escena, y sus antepechos de balaustradas de mármol. En el foro telón de jardín. Sillería antigua de la época de Luis XV: seis sillas y dos sillones. Dos retratos pintados al óleo de J. J. Rousseau y Colombin, con sus marcos dorados y colgados al foro, uno encima del bargueño y el otro encima de la mesa con tapete. En el centro de la escena una mesa antigua que tendrá su cajón, y dos sillones antiguos diferentes, colocados uno á la parte de arriba y otro delante de dicha mesa, frente al público los dos. Al foro derecha, entre la puerta y el balcón, un bargueño. Al foro izquierda, entre la puerta y el balcón también, una mesa con tapete. Cuatro sillas volantes. Cortinas para cuatro huecos y dos guardamalletas para los balcones. Alfombra. Encima de la mesa con tapete bibelots y objetos antiguos, entre ellos un estuche con pluma de ave. Encima de la mesa del centro, album, escribanía, periódicos y libros. Dentro del cajón de esta mesa, tres cartas sin sobre, dos facturas, un librito de notas forrado de piel azul, tres tarjetas y pluma de ave. Marcado carácter en todo de la época de Luis XV. Los dos actos iguales.

ESCENA PRIMERA

FRANCISCO, VARIOS TOURISTAS. Luego CLOÉ y COLOMBIN. Al levantarse el telón, una docena de visitantes, de todas castas y pelajes, salen acompañados por Francisco por la segunda derecha y andan de un lado á otro del salón examinándolo todo curiosamente. Se distingue entre ellos el Tourista 1.°, que todo lo palpa y examina con

un lente, haciendo grandes gestos de admiración. Francisco, de librea, con la gorra puesta, recita su explicación con cierta fatuidad y con aire autoritario, pero con cierta monotonía como quien repite una relación aprendida de memoria, sin darle casi sentido, como un canturreo. Cuando la interrumpe para hacer alguna observación, cambia de tono y lo hace con bastante brusquedad, como un guarda ó agente de orden público á persona que infringe los bandos de la autoridad

FRAN. Por aquí, señoras y señores. Comenzaremos por el salón principal. El salón de Juan Jacobo. ¡No se permite tocar á los ojectos!... En este mismo salón, sobre esta mesa, escribió páginas resplandecientes su pluma brillante. (Abriendo un estuche del cual saca una pluma de ave.) Esta es la pluma brillante de Juan Jacobo Rousseau, reliquia preciosa, cuidadosamente conservada...

TUR. 1.º (Aparte á Francisco.) Diga usted, ¿no podría vendérmela?

FRAN. (Cerrando el estuche.) No señor. Aquí, señoras y señores, todo es de la época. (En este momento aparece Cloé por la segunda puerta derecha, ve el grupo y exclama.)

CLOÉ ¡Más touristas! ¡esto es insoportable! (Vase furiosa.)

TUR. 1.º ¿También esa señora? (Por Cloé.)

FRAN. No, señor. Esa es la hermana del actual propietario de esta morada histórica. Este retrato es el retrato en persona de Juan Jacobo Rousseau. Por aquí, señoras y señores. (Pasando al otro lado, indicando la mesa grande.) Esta es la mesa de Paul Coudray. En mil ochocientos noventa y cuatro adquirió la propiedad de Fontenelles Paul Coudray, poeta ilustre, novelista célebre. En esta mesa compuso sus obras más notables. *Las alas rotas, El alma femenina, El misterio inefable, La agonía de un corazón, Los besos mortales* y otras obras análogas.

TUR. 1.ª ¿Los besos mortales?

FRAN. Sí, señora, un tomo de poesías en verso. Hace seis meses Paul Coudray abandonó súbitamente esta localidad...

TUR. 1.ª Sí, á causa de una aventura amorosa...

TUR. 1.º ¡Ah! ¿Una mujer?

FRAN. Naturalmente, no iba á ser un coracero... Una mujer casada mismamente. Muy guapa, según dicen.

TUR. 1.ª Sí, todos los periódicos lo contaron. Paul Coudray se fué con ella al extranjero.

TUR. 1.º ¿Y el marido?

FRAN. Estaba ausente. En Madagascar, donde continúa... Después de la fuga del señor Coudray, compró la morada de Fontenelles su actual propietario, el señor Estanislao Colombin, industrial retirado y conocido inventor.

TUR. 1.º ¿Qué ha inventado?

FRAN. El botón Colombin, de doble espiga invertida y presión automática. (Por la puerta primer término izquierda aparece Colombin que, sin hacer ruido y procurando no ser visto, se acerca al grupo y escucha.)

COL. (¡Hola, hoy tenemos muchos visitantes!)

FRAN. El señor Colombin, protector ilustrado de las letras y las artes, tiene un placer en abrir al público respetable é inteligente (saludando al corro.) esta morada histórica, plagada de preciosos recuerdos y de reliquias literarias, por cuya compra ha pagado ciento veinticinco mil francos, más los gastos de escritura. El retrato en persona del señor Colombin. Ha costado doce mil francos.

TUR. 1.º (A su vecino.) La fisonomía no es muy inteligente.

TUR. 2.º Tiene cara de bruto. (Colombin hace una mueca de disgusto y se va más que á paso por donde vino.)

FRAN. Aquí el sillón de Juan Jacobo Rousseau. Aquí (Señalando la puerta primer término izquierda, que abre.) la habitación del señor Colombin, que fué, en la época, la habitación de Rousseau, llamada por esta razón la habitación de Emilio.

TUR. 1.ª ¿Y la de Paul Coudray?

FRAN. (Señalando á la puerta segundo término derecha.) Allí la habitación de Paul Coudray, ocupada hoy por la señorita Cloé Colombin, que

ustedes vieron hace poco, llamada por esta razón la habitación de los *Besos mortales*. Por aquí, señoras y señores. (Indicando la salida hacia el jardín.) Si alguna persona no ha firmado en el registro... Se puede escribir una reflexión, una frase inspirada, un pensamiento delicado. (Conforme van saliendo los visitantes, el Tourista 1.° se queda el último, y mientras los touristas se extasían en su escritura, se lleva aparte á Francisco y le dice:)

TUR. 1.° Vamos, hombre... ¿no hay medio?... ¿La pluma del gran filósofo? Daría... hasta veinte francos por ella...

FRAN. (Después de mirar á todos lados, abre el estuche y le da la pluma con precaución.) Escóndala usted y no me comprometa.

TUR. 1.° ¡Ah! Gracias... (Con entusiasmo, pagando, guardando la pluma y saliendo escapado.)

FRAN. (Sacando, sin que nadie le vea, del bolsillo, varias plumas de ave y colocando una en el estuche.) Con esta van sesenta y ocho. ¡El destino es bueno! Por la derecha, señoras y señores. Adelante. (Señalando al foro izquierda.) Ahora, señoras y señores, visitaremos el parque y un pabellón que el gran Rousseau llamaba su Tebaida...

TUR. 1.° ¿Por qué?

FRAN Probablemente para darle el nombre de una mujer amada. El parque... (Se aleja el grupo, oyéndose aún unos instantes el sonsonete de la relación de Francisco, por el foro izquierda.)

ESCENA II

FEDERICO y GENOVEVA

FED (Aparece en la puerta que da al jardín; mira hacia dentro, entra y mira á todos lados. Lleva barba muy larga.) ¡Veamos qué tal me reciben! (Reparando en el retrato de Colombin.) ¡Mi padre!... ¡Este retrato es nuevo! ¡Y está muy parecido!

GEN. (Entra por la derecha, primera puerta, con un florero con agua.) ¡Ah! Hay gente.

FED. (Volviéndose y viéndola.) ¡Es Genoveva! ¡Justo! ¡Genoveva! ¡Lo que ha crecido esta chiquilla!

GEN. ¿Desea usted visitar la casa? (Federico, sin contestar, se abalanza á ella y comienza á abrazarla. Genoveva aterrada se resiste, y para defenderse acaba por arrojarle el agua del florero que tiene en la mano.) ¡Eh! ¡Señor mío! ¿Qué es esto? ¡Déjeme usted! ¡Vaya! ¿Suelta usted ó grito?

FED. Pero Genoveva, ¿no conoces á tu hermano?

GEN. ¡Federico!... ¿Usted? ¡Tú!... ¡No es posible! (Dejando el florero sobre un mueble.)

FED. ¿Tan cambiado estoy?

GEN. Completamente desconocido. (Examinándole con regocijada curiosidad.) Cuando te marchaste estabas tan delgaducho, tan pálido.

FED. ¡Y sin pelo de barba! Mientras que ahora, ¿eh? ¡Todo un hombre!

GEN. ¡Y qué barbas, chico, vaya unas barbas! ¡Ay, hermanito mío! ¡Qué gusto volver á verte! (Abrazándole.) ¡Y vaya un susto que me has dado!

FED. ¡Y vaya una rociada que me has soltado tú!

GEN. ¡Para defenderme!

FED. ¿De modo que tan cambiado estoy?

GEN. Nadie te va á conocer en casa. Nadie. ¡Ya verás qué risa! Voy á llamar á papá.

FED. Espera, niña, espera. Hablemos antes. ¿Papá seguirá furioso conmigo?

GEN. Más que nunca. Prohibido hasta pronunciar tu nombre delante de él.

FED. Es rencoroso.

GEN. Tolera que te escribamos, pero no permite siquiera que le digamos que ha habido carta tuya.

FED. Y todo porque hace diez años preferí irme por esos mundos y luchar por la vida en busca de la fortuna, á encerrarme en un ministerio con un destinillo de mil quinientos francos al año.

GEN. Ya sabes que papá no puede resistir que se le lleve la contraria. Quería verte seguir la carrera administrativa. ¡Ya te veía subprefecto!

FED. ¡Vaya una aspiración! (Burlándose.)

GEN. ¡Y condecorado! Ya sabes que la cintita encarnada es su sueño... la cruz que todavía no ha logrado conseguir.

FED. ¿Y por aquí? ¿Todos bien?

GEN. Todos; papá, la tía Cloé, Margarita, su marido (Haciendo una graciosa reverencia.) y tu humilde servidora.

FED. Y que estás muy rebonita. Y lo que has crecido, criatura.

GEN. Ya ves, tenía ocho años cuando te fuiste.

FED Sí, y Margarita dieciseis. Y ahora, ya casada.

GEN. Desde hace dos años.

FED. ¿Y qué tal el matrimonio? ¿Son felices?

GEN. ¡Hum! De todo hay... Mi hermanita hace una temporada que no es muy razonable que digamos.

FED. A ver, á ver. Explícame eso.

GEN. Ya te escribí que papá había comprado esta casa porque era una morada histórica.

FED Sí, ya sé. Jacobo Rousseau y luego Pablo Coudray, que por cierto ahora vive en Argelia.

GEN. ¡Ah! ¿Tú le conoces?

FED. Sí; le he visto allí dos ó tres veces, con una mujer muy bonita por cierto.

GEN. Pues bien, desde que vivimos en esta casa no andan las cosas á derechas. A papá se le ha subido Juan Jacobo Rousseau á la cabeza y se ha dado a coleccionar todos los recuerdos, todas las reliquias, más ó menos auténticas del filósofo, cuyo nombre no se le cae de la boca. ¡En cambio á Margarita le ha entrado un entusiasmo por Paul Coudray!... Lee sus libros, los analiza, se los aprende de memoria, recita sus versos...

FED ¿Una chifladura?

GEN. Y exagerada. Me temo que con todas estas cosas no haga muy feliz á su marido. ¡Y si vieras qué excelente persona es Gastón! Tan sencillo, tan honradote, tan cariñoso, tan complaciente. Adora á Margarita y le hacen sufrir mucho su indiferencia y su desdén. A mí me da mucha lástima.

FED. ¿Su desdén?

GEN. Sí; Margarita no le perdona á este hombre estudioso, tan amante de su química y de su laboratorio, el que no se extasíe con ella, leyendo las obras de Paul Coudray.

FED. Pero, en fin, en el fondo, todo eso no es grave.

GEN. Qué sé yo. Yo les vengo observando y no estoy tranquila. Tú debías de echarle un buen sermón á Margarita. Ella te quiere mucho, y te tiene cierto respeto... A tí te hará más caso que á mí. Voy á llamarla. Verás qué sorpresa cuando te vea.

FED. No... Visto que mi excelente padre sigue en sus trece contra mí, más vale no afrontar así de pronto su presencia. Además, tengo que volver hoy mismo á París, donde llegué anoche llamado por el ministro de Agricultura...

GEN. (Asombrada.) ¿Por el ministro?

FED. (Dándose tono cómicamente.) Estoy bien relacionado. Cuando vuelva mañana ó pasado, las iras de papá se calmarán viendo aquí (Señalando el ojal.) una cintita roja...

GEN. ¿Te van á condecorar?

FED. Anoche me lo han anunciado.

GEN. Pero tú, ¿qué has hecho para eso?

FED. Una friolera. Aclimatar en Argelia una nueva especie de carneros, que van á ser una fortuna para el país. (Pasan por el fondo, por el jardín, Francisco y toda la caravana.) ¿Qué diablos es esto? ¿Una manifestación?

GEN. No, touristas. Todos los días vienen á centenares. ¡Una plaga! Mira, si no quieres que papá te vea lárgate; porque ahora van á su despacho. ¡El despacho del «Contrato Social»! y papá se vendrá aquí.

FED. ¡Demonio! Adiós, hermanita, hasta mañana.

GEN. (Viéndole marchar.) ¡Vaya si está cambiado! Y hecho lo que se llama un real mozo.

ESCENA III

GENOVEVA y COLOMBIN por la primera izquierda

COL. ¡Hay para aborrecer las ideas democráticas! Les abro las puertas de mi casa de par en par, les permito admirar estas maravillas históricas que he comprado á peso de oro, estas reliquias... y dicen que tengo cara de bruto. (Se queda mirando su retrato como quien confronta la opinión que ha escuchado con su propia efigie.)

GEN. ¿Te estás contemplando, papá?

COL. Dime, Genoveva, ¿cómo encuentras tú este retrato? ¿Me parezco?

GEN. Mucho... Un poquillo favorecido...

COL. (Picado, aparte.) ¡Muchas gracias!

GEN. ¿A qué hora saldremos?

COL. Cuando se hayan marchado los touristas.

GEN. A ver lo que han escrito en el album. (Va á mirarlo y lee.) «J. Magín muy agradecido al señor Colombin y á su apreciable familia.. »

COL. Al menos ese es cortés.

GEN. (Lee.) «Gabriela Drouet, apasionada admiradora de Paul Coudray.» ¡Como mi hermana! «¡Si estas paredes pudieran hablar!...»

COL. (Con entusiasmo.) ¡Ah, sí!

GEN. «Dirían... ¡En buenas manos hemos caído!»

COL. ¡Imbécil!

ESCENA IV

DICHOS y CLOÉ

CLOÉ (Sale de su cuarto furiosa, con un lápiz y un papel en la mano.) ¡Esto es insufrible! ¡Animal, bruto!

COL. ¡Qué te pasa, Cloé! ¿A quién le dices?...

CLOÉ A ese imbécil de Francisco, que sin preguntar siquiera si se puede, se me ha colado en mi cuarto con dos docenas de individuos. ¡La invasión de los bárbaros!

COL. Eran los visitantes de la finca. La cosa no es nueva. ¿Qué mal hay en ello?

CLOÉ ¿Y si hubiese estado en camisa?

COL. ¿A las cuatro de la tarde?

CLOÉ Y ya es la tercera vez desde esta mañana. Es imposible aislarse, reconcentrarse, inspirarse.

COL. ¡Ah! ¿Te estabas reconcentrando? ¿Qué demonios hacías?

CLOÉ ¡Versos! (Genoveva suelta el trapo á reir, á hurtadillas.) Versos que dedico á Paul Coudray. (Lee.)

Es tu alma cristalina
como filtro antiséptico
do se ha purificado
mi corazón estático.
De mi naturaleza,
el barro profiláctico,
tornóse en puras ondas
al destilar purísimo
del sueño delicioso
de tu adorable estética.
Microbios de la duda
bacilos del espíritu,
ya no me sois temibles
odiosos espectróscopos,
el amor invencible
contra vosotros...

Y cuando han entrado esos bárbaros se me ha ido el epíteto que ya tenía en la punta de la pluma.

COL. Yo te lo voy á decir, el epíteto·

¡Hermana, estás más loca
que tres cerrojos férreos!

CLOÉ ¡Es más fácil burlarse que comprender al genio; alcanzar las sublimidades estéticas de la psicología, como yo he comprendido al disecador de almas femeninas Paul Coúdray!

COL. Juan Jucobo Rousseau ha dicho que el papel de la mujer en la sociedad y en la familia....

CLOÉ ¡Ah, basta! No empieces con tu Rousseau.

COL. Mi Rousseau vale mil veces más que vuestro Coudray.

FRAN. ¡Por aquí, señoras y señores! ¡Por aquí la salida! (Los encamina hacia la puerta del jardín.)

GEN. ¡Ah! (Dando un grito de espanto y escapando hacia las habitaciones interiores por la puerta del fondo.)

CLOÉ ¡Otra vez los bárbaros! (Se viene al proscenio, indignada, volviendo la espalda al grupo. Colombin, en cambío, se coloca al paso de los visitantes y va saludando á cada uno con una profunda reverencia y una amable sonrisa. Uno de los visitantes, al recibir el saludo, se queda dudando, le mira y con cierta precipitación, mete mano al bolsillo y le da unas monedas. Colombin se queda hecho una pieza. Los visitantes se van con Francisco.)

COL. ¡Treinta céntimos! ¡Cloé, uno me ha dado treinta céntimos!

CLOÉ ¡Te está bien empleado! ¡Se burlan de tí!

COL. Hay para aborrecer las ideas democráticas. (Se queda mirando los cuartos y, al fin, no sabiendo que hacer con ellos, se los guarda.)

CLOÉ Con tu manía de recibir á todo el que se presenta, el mejor día nos van á asesinar.

COL. ¡Qué exageración!

CLOÉ Por de pronto ya nos roban. Ayer se llevaron una bombonera. ¡Hoy, mira! (Enseñándole una cortina que un momento antes de salir estuvieron mirando y tocando los dos ingleses.)

COL. ¡Han cortado un pedazo! ¡Vándalos!

CLOÉ ¡Habrán sido los ingleses! ¡Toma visitas!

ESCENA V

DICHOS y GASTÓN

GAS. ¡Esto es inaguantable! Diga usted, papá suegro, ¿va á durar mucho tiempo aún esta invasión?

COL. Gastón, no te alteres.

GAS. Le advierto á usted que desde mañana no permito que nadie ponga los pies en mi laboratorio. Con pretexto de visitar la «Te-

baida» me han echado á perder mis preparaciones microscópicas.

CLOÉ ¡Y yo cerraré con llave mis habitaciones de los «Besos mortales»!

COL. ¡Qué difícil es dar gusto á todo el mundo!

CLOÉ ¡Pero si así no das gusto á nadie!

COL. ¡Sí; á mí! ¡Fué tan dichoso el día que compré esta casa! ¡Era mi sueño dorado habitar una morada histórica! ¡Respirar el ambiente ilustrado por el aliento de un gran hombre! ¡Vivo donde ellos han vivido! ¡Duermo donde ellos han dormido! ¡Pienso donde ellos han pensado! ¿No sentís que aquí se respira un aire particular, una atmósfera especial?

GAS. ¡Sí, huele á casa vieja y la atmósfera está llena de microbios!

COL (Con énfasis.) ¡Querido yerno, de estos microbios está formada la religión del pasado!...

GAS. Bueno. Pero todos esos goces, todas estas reliquias, esta casa, ¿qué necesidad tiene usted de abrirla de par en par á todo el mundo?

COL. ¡Es que mi felicidad no sería completa si todo el mundo no supiese que esto es mío! Ocultar la dicha es ser egoísta. ¡Yo soy demócrata!

ESCENA VI

DICHOS y el DOCTOR

DOC. Señores, señoritas. (Saludos, apretones de manos.)

COL. Querido Doctor...

DOC. ¿La señora Baudoin (A Gaston.) y la señorita Genoveva (A Colombin.) sin novedad?

COL. Perfectamente.

GAS. ¿Viene usted también á visitar la finca, Doctor? (Riendo.)

DOC. ¡Ah, no; la conozco bien y antes que ustedes! He sido médico de Paul Coudray.

CLOÉ ¡Ah! ¿Usted le ha conocido, usted le ha cuidado, usted le ha visto por fuera y por dentro? ¡Qué feliz es usted!

GAS. (¡La tía está de remate!)

COL. Llega usted oportunamente, amigo Dufresnois; va usted á darnos su opinión.

DOC. ¿Sobre qué? ¿Hay algún enfermo?

GAS. Toda la familia.

COL. No lo echemos á broma. Mi hermana y mi yerno quieren que cierre al público las puertas de esta casa, «plagada» de recuerdos históricos.

DOC. ¿Cerrar Fontenelles? ¡Imposible!

GÁS. ¿Por qué?

DOC. En primer lugar porque esta finca figura en todas las Guías oficiales y no oficiales como una morada histórica, cuya visita está autorizada. Y además de que los touristas reclamarían, si hiciesen el viaje en balde, piense usted en los fondistas del pueblo que viven casi exclusivamente de los visitantes de la casa, en los vendedores de postales y de recuerdos; toda esa gente chillaría, le apedrearían á ustedes la casa; se haría usted impopular; tendría usted que abandonar la comarca.

GAS. Lo que es yo, maldito si lo sentiría.

DOC. Si ya sé que usted aquí no se divierte mucho.

GAS. ¡Le tengo horror á la casa!

COL. ¿Y quién tiene la culpa de eso?

GAS. No seré yo, me parece.

COL. Si no tomases en serio ciertas niñerías... Y si no que lo diga el Doctor.

DOC. Me parece, en efecto, mi querido amigo, que exagera usted un poco tomando por lo trágico una crisis pasajera; y no creo que haya motivo para alarmarse.

COL. ¡Es evidente!... Margarita tiene el temperamento nervioso y el carácter vehemente. La cosa no es tan extraordinaria. Es muy joven; en su vida ha leído novelas, ó solamente novelas morales, escogidas con cuidado, escritas para las muchachas solteras. Y de pronto caen en sus manos todos los libros de Paul Coudray. No te opones á que los lea y luego te extraña que se le suban á la cabeza, que la exalten.

GAS. No. Porque no he sido yo, sino usted, quien

ha dado á Margarita las obras de Paul Coudray; y después de ponérselas por las nubes. ¡Usted es quien la ha trastornado, haciéndole compartir su entusiasmo y sus extasiadas admiraciones! Gracias á usted, su pobre cabecita se ha llenado de ideas falsas, ridículas y peligrosas; su corazón se pervierte lentamente. ¡Su marido no existe para ella! ¿Amar á su marido? ¡Eso es burgués!... Y ahí tiene usted á donde ha venido á parar su hija. (A Colombin.) Si no lo sabía usted yo se lo anuncio; Margarita ha dejado de amarme, lisa y llanamente porque otro se ha apoderado de su corazón.

COL. ¿Pero qué estás diciendo?

GAS La verdad. Amor de imaginación, amor de cabeza, amor platónico, todo lo que usted quiera; pero en una ú otra forma, amor, ¡amor á Paul Coudray!

DOC. Usted exagera. ¡Un poco de exaltación neurasténica!

GAS. ¡No, señor; contagio de la demencia que reina en esta casa y de la cual sólo hemos escapado Genoveva y yo!

CLOÉ ¡Qué dice!

GAS. Todos están locos rematados. Usted la primera (A Cloé.) empeñada en montar en Pegaso á los cuarenta cumplidos.

CLOÉ Montar, ¡oh! .. (Indignada.)

GAS. Usted, (A Colombin.) con su fanatismo por Juan Jacobo; ídolo exigente, en cuyas aras no perdona usted ningún sacrificio.

COL. Créeme, Gastón, no te exasperes, ten un poco de calma. Es la imaginación de Margarita la que está interesada, y eso no es peligroso. Más vale que aparentes no dar importancia á lo que no la tiene. No te enfades con Margarita y vé á abrazarla, es el mejor remedio.

GAS. Si no deseo otra cosa. Es ella, ella la que huye de mí cada vez que me acerco.

COL Chiquilladas y nada más que chiquilladas. ¿Se quedará usted hoy á comer con nosotros, Doctor?

DOC. Hoy no puedo. Tengo que hacer unos análisis importantes, y ya que su yerno ha sido tan amable que me ha ofrecido su laboratorio...

GAS Con mil amores, Doctor. Venga usted; yo mismo le instalaré y le ayudaré si me necesita. Eso me distraerá.

DOC. Si no le molesto...

GAS. No faltaba más. (Salen hablando por la segunda izquierda.)

ESCENA VII

COLOMBIN y CLOÉ

COL. La verdad es que Gastón no se queja de vicio. Margarita se está poniendo insoportable.

CLOÉ Supongo que no irás á dar la razón á tu yerno contra tu hija.

COL. Procuraré no mezclarme en sus querellas; no quiero ser suegro. Pero confío en que harán pronto las paces y en que tú no seguirás volviéndole el juicio á la niña con tus romanticismos ridículos. (Cabriac se presenta en la puerta que da al jardín, con el sombrero calado y mirando á todos lados.)

CLOÉ ¿Quién es este señor? (Reparando en él.)

COL. Sin duda algún tourista.

ESCENA VIII

COLOMBIN, CLOÉ y CABRIAC

CAB (Con tono muy seco.) ¿Se puede?

COL. (Amabilísimo.) ¡Adelante! ¿Desea usted visitar la casa?

CAB. (Agresivo.) Deseo ver al señor Coudray.

COL. ¿Paul Coudray? No está ya aquí.

CAB. (Incrédulo.) ¿No está?... Bueno. (Resuelto.) Le esperaré. (Se sienta.)

COL. Es que... Ha hecho usted bien en sentarse,

porque me parece que le va usted á esperar un buen rato.

CAB No tengo prisa. No pienso salir de aquí sin verle.

COL. Hace siete meses que se fué.

CAB. (Levantándose.) ¿Se fué de aquí? ¿Dónde?

COL. Lo ignoro. Unos dicen que á Argelia... otros que á Canarias.

CAB ¡Se fué! (Indignado.) ¡Se escapó!

COL. Sí. Algo hay de eso.

CLOÉ (Suspirando.) ¡Una tierna historia amorosa!

CAB (Furioso.) ¡Ah, canalla!

COL ¡Una mujer muy guapa, según dicen!

CLOÉ ¡Deliciosa!

CAB. (Estallando.) ¡Era la mía!

COL. (Dando un respingo.) ¡Cómo!

CLOÉ ¡La suya!

COL. No sé cómo pedirle á usted mil perdones.

CLOÉ Entonces... ¿usted es el señor Cabriac?

CAB ¡Ah! ¿Me conocen ustedes? Por lo visto todo el mundo conoce la historia, la tierna historia, como dice esta señora...

CLOÉ Señorita... (Corrigiendo.)

CAB. (Mirándola extrañado.) ¡Bueno! ¡Si usted se empeña! .. Soy la irrisión del pueblo, de la comarca, de toda la provincia. Pero si ese trasto cree que se puede burlar impunemente del capitán Cabriac... (Golpeando los muebles con el bastón.)

COL. ¡Eh, cuidado, hombre!

CAB. ¡Perdone usted, no sé lo que me hago!

COL. ¡Se comprende! (Compasivo.)

CAB. (Enterneciéndose.) Usted me compadece, ¿verdad?

COL. Con toda mi alma.

CAB. ¿Y usted también? (A Cloé.)

CLOÉ ¡Con todo mi corazón!

CAB. Gracias. (Estrechando la mano á Colombin.) ¡Es usted todo un hombre! (Idem á Cloé.) ¡Y usted también!

COL. (Presentando) ¡Mi hermana, la señorita Cloé Colombin! (Presentándose á sí mismo.) Estanislao Colombin, propietario de la histórica morada de Fontanelles.

CAB. (Presentándose.) Ignacio Cabriac, capitán mercante, servicio trasatlántico, (Dejándose caer en un sillón y casi sollozando) y un hombre muy desgraciado.

CLOÉ (¡Pobre señor!)

COL. Vamos, capitán, ánimo... hay que tener valor... un lobo de mar... (Aparte.) No puedo ver llorar á un lobo. Dale algún cordial.

CLOÉ Sí, ¿qué le doy?

COL. Algo fuerte. Un grog... sin agua; para un lobo de mar... (Cloé vase por la primera izquierda.) Vamos, capitán, hay que ser fuerte... ¡qué diablo!... sea usted razonable... Después de todo... no es usted el único, ni el primero, á quien haya ocurrido ese ligero... ese doloroso incidente... Cuántos otros...

CAB. Sí, pero á mí los otros me importan un pito.

COL. Los hombres más ilustres de la historia.. Los mismos héroes de la antigüedad...

CAB. ¿Acaso usted también? (Compasivo, tendiéndole la mano.)

COL. ¡Ah, no! ¡Yo no!

CAB. Lo siento... eso me hubiese consolado...

COL. (¡Hombre, gracias!)

CLOÉ (Trayendo un vasito.) Aquí está el cordial.

COL. ¿Qué has puesto? (Aparte á Cloé.)

CLOÉ Chartreuse verde con cognac. (Idem á Colombin.)

COL. Bueno. Vamos, capitán, tome usted esto á ver si se reanima.

CAB. ¿Qué es eso?

COL. Un cordial. Un grog.

CAB. Gracias. (Tomando el vaso.) Es usted un hombre de pro. (A Cloé.) Y usted también. (Se bebe el vaso de un trago)

COL. (¡Se va á abrasar!)

CLOÉ ¿Qué tal, capitán?

CAB. ¡Flojillo! Pero muy agradable.

COL (¡Vaya un gaznate!)

CAB. La conocí el 25 de Noviembre de 1900. (Sentándose como el que va á contar una historia.)

COL. ¿A quién? (Sentándose. Idem á Cloé.)

CAB. ¡A Susana! Yo tenía cuarenta y ocho años... ella diecinueve.

COL. ¡Cifras elocuentes!

CAB. ¡Ah, qué recuerdos!

COL. (¡Es un poco pesado este marinero!)

CLOÉ ¿La amaba usted con pasión?

CAB. Con pasión es poco decir... La adoraba, la idolatraba con locura, con frenesí, con delirio...

CLOÉ (Lanzando nn suspiro de éxtasis.) ¡Ah! ¡El amor! ¡Ah!... ¡Ah!

COL. (¿Qué le ha dado ahora á esta?) ¿Estás mala, hermanita?

CAB. ¿A qué detallar á ustedes nuestras caricias, nuestros idilios, nuestros éxtasis?...

COL. ¡No! No hay para qué... sobre todo... (Indicando á Cloé como quien dice: «Hay aquí ropa tendida».)

CLOÉ ¡Ah! Sí, cuente usted, detalle usted.

CAB. ¡Así pasaron cinco años! Yo había renunciado á mis viajes á América por no separarme un instante de Susana.

COL. (¡Pobrecita!)

CAB. Compré á tres leguas de aquí unas hermosas tierras, y en medio de ellas construí un hotelito hermoso, nido de nuestros amores. «Castel Suzón» puse por nombre á aquel pequeño paraíso, hoy perdido. ¡Era yo tan feliz!

COL. (¡Y tan posma!)

CAB. Pero ¡ah! la desgracia me acechaba. ¡La catástrofe estaba cerca!

COL (¡La historia va siendo trasatlántica!...)

CAB. El año pasado, un armador del Havre me propuso la condución de un rico cargamento á Madagascar. Veinticinco mil francos de ganancia. Yo no quería separarme de Susana. Ella misma me obligó á aceptar.

COL. (¡Lo creo!)

CAB. ¡Partí!... En Madagascar caí enfermo. Seis meses postrado en cama. Y cuando ayer, por fin, vuelvo á Castel Suzón, ¡el nido vacío!...

COL. ¡El pájaro había volado!

CAB. Nadie me dió razón de ella. Pasé la noche en las dudas más horribles...

COL (Es tardo de comprensión el capitán.)

CAB. Pero esta mañana, registrándolo todo, abrí un *secretaire* y encontré una carta incendiaria firmada Paul Coudray. (Levantándose furioso.) ¡Rayos y truenos!

COL. ¿Y empezó usted á comprender?

CAB. ¡Comprendí en seguida y decidí matarle! ¡Vengo aquí, y el miserable ha huido! ¡Pero yo le encontraré!... ¡Cobarde! ¡Yo le encontraré!

COL. Sí, capitán, usted le encontrará... Corra usted, corra usted en su busca. Usted perdonará que yo no le acompañe, pero tengo que salir con la familia.

CAB. ¡Usted me dispensará! ¡Con mi triste historia les habré aburrido!

COL. (Alegremente.) Todo lo contrario, capitán, todo lo contrario.

CAB. (Amargamente.) ¿Les ha divertido á ustedes?

COL. ¡Mucho! Es decir... nos ha interesado, nos ha conmovido... (Saludando.) Capitán...

CLOÉ (Solemne.) ¡En nombre del cielo, capitán, no le mate usted!

CAB. ¿A quién?

CLOÉ ¡A Paul Coudray!

CAB ¡En cuanto le encuentre!

CLOÉ Piense usted en la pérdida irreparable...

COL ¡Cloé, por Dios!...

CLOÉ ¡Un genio! ¡Un espíritu esclarecido! ¡Un gran poeta!

CAB. ¡Ya le daré yo la poesía! Y mi Susana...

CLOÉ El se la devolverá á usted.

CAB ¡Gracias!

CLOÉ Como ha dicho el poeta:

«Un mal que se desdeña
se trueca en beneficio...»

CAB. ¿Y quién es el imbécil que ha escrito semejante desatino?

CLOÉ He sido yo, capitán.

CAB. Perdone usted, yo ignoraba...

COL. Mi hermana versifica á ratos perdidos...

CAB. Señorita .. señor Colombin... (Despidiéndose.)

COL. Hasta la vista, capitán, ¡Y ánimo! (Cabriac

se marcha por la puerta del foro.) ¡Uf! ¡Qué sesión!

CLOÉ ¡Ay, Estanislao! ¿Le matará?

COL. ¡Qué ha de matar, mujer! ¡Ni siquiera sabe dónde vive! ¡Las cuatro y media! Ya debíamos estar camino del bosque. Preparaos. Voy á mandar encender el automóvil.

CLOÉ ¿Cuál?

COL. El «Nueva Eloisa». (Vase por la segunda izquierda.)

ESCENA IX

CLOÉ y GENOVEVA

CLOÉ Y no es feo el capitan. ¡Buen mozo, bien conservado, enérgico y tierno!... ¡Como todos los marinos! ¡Ah! ¡Estos hombres de mar! ¡Con cuánta pasión deben amar en tierra firme! (Queda como extasiada.)

GEN. (Entra por la segunda izquierda vestida como para salir á paseo.) Vamos, tia: ¿no te acabas de vestir? Papá espera.

CLOÉ Sí, sí. (Aparte recordando las palabras de Cabriac.) «Con pasión es poco decir, ¡la adoraba con locura, con delirio, con frenesí!» (Vase por la segunda izquierda.)

GEN. ¡Esta tía mía! ¡Cada vez más romántica! ¡Es una elegía andando!

ESCENA X

GENOVEVA, MARGARITA, luego GASTÓN

MARG. (Entra también vestida para el paseo; elegantísima «toilette» de campo por la segunda izquierda.) Ya estoy. ¿Salimos?

GEN. (Con misterio.) Tenemos que hablar. (Mirando á todos lados como temiendo que alguien llegue.)

MARG. ¿Qué misterios son esos?

GEN. ¡Adivina quién ha estado aquí! ¡Federico!

MARG. ¡Mi hermano!... ¿Tú le has visto?

GEN. ¡Hace un momento!... ¡Y si vieras qué cambiado está!... ¡Y qué guapo!... ¡Figúrate!... Pero, no; te quiero dejar el placer de la sorpresa... no le vas á conocer... volverá mañana ó pasado; pero no se lo digas á nadie.

MARG. ¿Y por qué se ha ido tan pronto?

GEN. ¡Por papá!... No ha querido verle hoy todavía. Ea, ¿vamos á paseo? Y Gastón, ¿viene con nosotros?

MARG. No creo. (Con desabrimiento.) Por supuesto, que si él va yo me quedo en casa.

GEN. ¿Otra vez de monos?... ¡También es gusto! ¡Yo no podría vivir así, siempre enfadados!

MARG. ¿Y cómo quieres vivir con un hombre que parece tener empeño en humillarme constantemente, en herirme en lo más vivo de mi amor propio?... ¡Cuanto yo admiro le parece ridículo!... ¡Ni una idea en que estemos de acuerdo!

GEN. De gustos no hay nada escrito, y el què no se tengan siempre los mismos, no es una razón para estar reñidos. (Con mucha dulzura.) Yo te aseguro que Gastón sufre mucho viéndote así.

MARG. ¿Y de quién es la culpa?

GEN. Te quiere mucho. Bien lo sabes.

MARG. ¡Quererme él! Si me quisiera, ¿me trataría como me trata?... No. Es un espíritu vulgar. El arte le aburre, la poesía le revienta. Fuera de su laboratorio y de su química, lo demás no existe para él. No podremos comprendernos.

GEN. Mira, ahí viene. (Viendo llegar á Gastón por la segunda izquierda.) Vamos, anda, haced las paces.

MARG. (Eludiendo.) ¿No salimos? Ya es hora.

GAS. (Deteniéndola.) ¿Margarita?

MARG. (Fríamente.) ¿Querías hablarme?

GAS Sí. (Con dulce firmeza.)

MARG. Anda, niña, dile á papá que en seguida soy con vosotros...

GEN. (Aparte. Marchándose.) ¡Pero serán retontísimos! ¡Haberse casado para estar peleando siempre! ¡Lo que es yo...! (Vase por la segunda izquierda.)

ESCENA XI

MARGARITA, GASTÓN

MARG. ¿Qué tienes que decirme? (Secamente.)

GAS. (Con ternura.) Que te adoro y que así no puedo vivir. (Abrazándola, ella se deja con marcado despego.) Vamos, ¡Margarita, hagamos las paces! ¡Amémonos como siempre nos hemos amado!

MARG. (Escéptica.) ¡Ah! ¡Si eso pudiera ser!

GAS. ¿Por qué no? ¡Acuérdate de lo felices que éramos en París! En esta maldita casa ha nacido nuestra desunión.

MARG. Hablando en plata. ¡Me reprochas mis gustos por el arte! ¡La literatura, la poesía! ¡Te parece un crimen, ó al menos una enfermedad este ansia de elevar mi espíritu hacia lo bello! ¿Te reprocho yo tu amor á la ciencia, tu cariño á... los microbios? (Gesto de repugnancia.)

GAS. ¡Si sólo se tratase de poesía! Lo insoportable, lo inadmisible es la apasionada veneración por el poeta.

MARG. ¿Y qué mal nos ha hecho á tí ó á mí Paul Coudray? ¿Le conozo acaso? ¿Le he hablado en mi vida?

GAS. Antes leías lo bueno de todos los autores; ahora parece que no existe más literatura que la del tal Coudray.

MARG. Preferencia bien natural. Después de haber leído sus obras, todo parece insípido.

GAS Admira al novelista y al poeta cuanto quieras; pero ocúpate menos,—mejor será que no te ocupes poco ni mucho,—del hombre. Me parece que no soy exigente, ni antiliterario, ni antiestético, al hacerte esta observación.

MARG. Vamos, dilo claro, ¿estás celoso? ¡Ja, ja!

GAS. Sí, ¿por qué negarlo?

MARG. ¡Tener celos de una admiración artística! ¡Eso es ridículo!

GAS. ¡Margarita! (Amenazador.)

GEN. (Entrando de repente por la segunda izquierda.) ¡Margarita! Papá espera. ¿Vamos?

MARG. ¡Vamos, sí! (A Gastón.) ¡Desengáñate, no hablemos más de esto! ¡No nos entenderíamos nunca! (Se va con Genoveva por la segunda izquierda, en la actitud más desdeñosa.)

ESCENA XII

GASTÓN y CLAUDIO BARROIS

GAS. ¡No! ¡Esto es ya demasiado! ¡Esto no es vivir! ¡Ya estoy harto! ¡Hay que acabar de una vez!

CLAU. (Apareciendo en la puerta que da al jardín y quedándose parado como quien espera gozar de la sorpresa que Gastón va á tener al verle.) ¡Aquí está!

GAS. Hoy mismo á París. ¡Si quiere venir conmigo, bueno! ¡Si no, mejor! ¡Nos divorciaremos! (Gesticulando.)

CLAU (¡Qué demonios le pasa!)

GAS. No quiero que me encuentre aquí cuando vuelva. ¡Voy á hacer la maleta! (Al volverse se encuentra frente á frente con Claudio, que le dice cruzado de brazos)

CLAU ¿Se acabó ese monólogo?

GAS. ¿Quién?... ¿Tú? ¡Claudio!

CLAU. ¡En cuerpo y alma! (Se abrazan.)

GAS. ¡Qué sorpresa! ¡Lo que yo menos me esperaba! ¡Tanto tiempo sin vernos!

CLAU. ¡Cerca de cinco años!

GAS ¿Y sin noticias tuyas?

CLAU. Hace ocho meses. Cinco años viajando con mi augusto discípulo el Príncipe de Lliria. Hemos dado la vuelta al mundo. Su educación está terminada y yo completamente libre; libre como el aire. Anteayer desembarcamos en Marsella; esta mañana llegué á París y aquí me tienes.

GAS. Tu primera visita.

CLAU. Para mi mejor amigo. Vengo decidido á pasar contigo ocho días, si tú me admites. (Riendo.)

GAS. ¿Ocho días? ¡Ocho meses si te place! Todo el tiempo que quieras.

CLAU. Aunque te he escrito poco, no creas que te he olvidado en mis viajes. Te traigo un cajón lleno de recuerdos...

GAS. ¡Cuánto te lo agradezco!

CLAU. Y toda una colección de fotografías. Mira. (Sacando ocho ó diez retratos del bolsillo.)

GAS. ¡Cómo! ¿Eres tú este soberbio árabe?

CLAU. Estoy guapo, ¿eh? (Riendo.) Así me he paseado por las calles de Tumbuctú. Mira, tengo tantas cosas que contarte... Mira, (Enseñándole otro.) este es de la India.

GAS. ¡Vaya si charlaremos!... Pero no aquí, en París.

CLAU. ¿En París?

GAS. A donde nos largamos ahora mismo tú y yo, por el primer tren.

CLAU. No te comprendo.

GAS. Cuando tú llegaste iba á hacer la maleta.

CLAU. Cierto que te he visto ahí manoteando y paseándote como un tigre enjaulado. No parecías muy contento.

GAS. (Amargamente.) ¡Contento! Vente conmigo, tú me ayudarás. ¡Huyamos de esta maldita casa!

CLAU. ¡Maldita! Pues parece una preciosidad tu maldita casa. Todas las Guías hablan de ella. En el tren he venido leyendo la descripción. Es una morada histórica; perteneció á Rousseau y luego á ese poeta famoso que ha surgido durante mi ausencia, Paul Coudray...

GAS. ¡Por eso! ¡Por eso me voy!

CLAU. ¿Porque han vivido aquí dos genios?

GAS. ¡Genios malditos! Esta casa está embrujada. Por aquí andan sueltos los espíritus. Mi suegro se ha chiflado y mi mujer se ha vuelto loca.

CLAU. ¿Cómo?

GAS. Mi suegro adora de rodillas á Juan Jacobo Rousseau y mi mujer se ha enamorado de Paul Coudray.

CLAU. ¿Enamorada? ¿Es que le conoce?

GAS. No le ha visto en su vida.

CLAU. Entonces...

GAS. Pero ha leido todos sus libros; prosa, versos, todo. ¡Leido, releido, devorado, saboreado, sorbido! ¡Y se ha apasionado; primero por los versos, luego por la prosa, luego por el autor! Y entre los rayos de esa esplendorosa imagen, yo desaparezco. Se me desdeña, se me desprecia. ¡Se hacen comparaciones en que resulto odioso! (Con amarguísima pena mezclada de indignación.)

CLAU. Me parece, querido Gaston, que das á todo eso una importancia... que en realidad no tiene. Yo no veo más que una serie de niñerías románticas.

GAS ¡Así dice mi suegro!

CLAU. Lo cual prueba que el buen señor no está tan chiflado como tú dices.

GAS ¡Niñerías!... ¡Amar á una mujer como yo amo á la mía y vivir á su lado como un extraño! ¡Ver desmoronarse mi hogar, hundirse mi felicidad!... ¡Y á eso llamais niñerías! ¡Ah, sufro, sufro muchísimo, Claudio, y soy muy desgraciado!

CLAU. ¡Pobre Gaston! Voy viendo que la cosa es más grave de lo que yo creía. Pero no hay que dejarse abatir. ¡El caso no me parece desesperado!... ¿Anda por estas tierras ese Paul Coudray?

GAS. ¡Ojalá! ¡Eso preferiría yo!... Al menos podría buscarlo, batirme con él. Acabar de una vez, fuese como fuese. ¡Mi resolución está hecha, me divorcio!

CLAU. Es la tontería mayor que podías hacer.

GAS Yo no puedo vivir así ni un día más.

CLAU. Tu mujer no es culpable. Es... una enferma. Cúrala, cúrala; pero no la castigues.

GAS. ¡Curarla! ¿Y cómo? ¡Si tú crees que no he probado!

CLAU. Todo está en que no has acertado con el remedio.

GAS. ¡Quisiera verte en mi lugar!

CLAU. (Reflexionando.) Espera, hombre, espera.

(Francisco llama á la puerta del fondo.)

GAS. ¿Eh? ¿Quién viene ahora á fastidiarnos? ¡Ah! (Tomando un periódico, con su faja, que le da Francisco.) Es el correo.

CLAU. Lee, lee, no andes con cumplidos.

GAS. No hay más que una carta. (Abriéndola sin mirar el sobre y sacando un retrato.) ¿Qué es esto? (Saca una carta de forma comercial y lee.) «Señora...» ¿Es para mi mujer? (Lee.) «Hemos recibido su grata con tres francos en sellos, y adjunto tenemos el honor de remitirla el último retrato de Paul Coudray.»

CLAU. ¡Demonio!

GAS. ¡Qué te parece! (Indignadísimo.)

CLAU. Ante todo me parece que tu mujer no debe recibir esta carta. A ver. (Mirando el retrato.) ¡Y no es feo este animal!... ¡Vaya unos ojazos y vaya una barba!... ¡Hermosa barba! (Tira la fotografía sobre la misma mesa donde están las suyas.)

GAS. Si no se la doy volverá á escribir al librero reclamándola.

CLAU. Es cierto.

GAS. Más vale acabar de una vez. Se la entregaré yo mismo y veremos si tiene atrevimiento... (Cogiendo una fotografía que va á meter en el sobre.)

CLAU. ¡Eh, no, esa no; esa es la mía! No vaya tu mujer á tomarme por Paul Cou... (Se queda sin terminar la frase á causa de la idea que acaba de ocurrírsele. Simultáneamente la misma idea se le ha ocurrido á Gastón. Hay que expresar muy bien con el gesto esta súbita inspiración de ambos personajes. La idea hace reir mucho á Barrois y encanta á Gastón. Ambos se tienden la mano exclamando al mismo tiempo.)

LOS DOS ¡Qué idea!

(Para que el juego de los retratos resulte más verosímil y natural, los actores han debido hacer la mayor parte de esta escena, sobre todo desde que examinaron los retratos de Barrois, colocados cada uno de un lado de la mesa grande que hay cerca de la chimenea, de tal suerte, que cuando el retrato de Coudray pasó de manos de Gastón á las de Barrois para que éste le viera, ha sido por encima de dicha

mesa; siendo perfectamente natural que Gastón haya dejado sobre la mesa la carta abierta y que Barrois, una vez visto el retrato, sobre la mesa también, donde quedaron esparcidos los suyos, eche entre ellos la fotografía de Coudray, dando lugar al error de Gaston.)

GAS. ¡Sí, eso es!

CLAU. ¡Comprendido!

GAS. ¡Ah, querido Claudio! (Se abrazan.)

CLAU. ¡Es un rasgo de ingenio! ¡Una inspiración! (Mientras Gastón mete ostensiblemente en el sobre la fotografía y deja la carta y el periódico en la mesita del otro lado, primer término, Barrois recoge todas las demás fotografías, incluso la de Coudray.) Yo recojo todas estas. Ya te las daré después.

GAS. Entonces... ¿Tú vas á pasar aquí por Paul Coudray?

CLAU. Con todas sus consecuencias. Quiero que recuperes tu felicidad, que reconquistes á tu mujer. (Alegremente.) ¡Lo que me voy á echar por los suelos, á arrastrarme por el lodo! ¡Verás, verás cómo me presento como un ser abyecto, repugnante, un grosero, un gañán! Si tu mujer no me toma la más profunda aversión de aquí á veinticuatro horas, me dejo cortar esta. (Por la cabeza.)

GAS. Te deberé más que la vida.

CLAU. Oye. ¿No le chocará este retrato vestido de árabe?

GAS. Si esto es cosa usual entre psicólogos decadentes y además aquí se dice que Coudray está ahora en Argelia y el librero indica que envía el último retrato, de modo que...

CLAU. ¡Magnífico!

GAS. ¡Demonio! pero, ¿y el portero, y los criados que te habrán visto?

CLAU. No me ha visto nadie. Me he colado aquí de rondón. La verja estaba abierta...

GAS. ¡Ah, es verdad; como todos los días; para los touristas que visitan la morada histórica! ¡Maldita sea ella!

CLAU. Entonces todo va bien.

GAS. ¡Divinamente! (Se oye á lo lejos la trompa del automóvil.) Ya vuelven de paseo. Lárgate;

que no te encuentren todavía aquí. Dentro de cinco minutos te presentas.

CLAU. Eso es. Caigo como una bomba... (Volviendo.) ¡Ah! ¿Con qué pretexto vengo yo aquí? ¿A mi antigua casa?

GAS. Es verdad... Mira, vienes á buscar algo que hayas olvidado... Sí, eso es. (Abriendo un cajón de la mesa del fondo.) Este cuaderno de notas.

CLAU. Un cuaderno azul, de piel; corriente.

GAS ¡Ah! ¡Toma! Esto es superior. Una tarjeta de Paul Coudray. Mi mujer había encontrado tres y las guarda como reliquias.

CLAU. ¡Magnífico! ¿No me encontraré con ellos al salir?

GAS. No; ellos entran con el automóvil por la otra puerta del parque.

CLAU. Corriente. Hasta ahora. ¡Animo!

GAS ¡Ah! No preguntes por mí sino por el propietario de la casa, por mi suegro Colombin.

CLAU. Y tú no te vayas á distraer y me tutees.

GAS. No tengas cuidado. Anda, hombre, que van á venir.

CLAU. ¡Ya verás! ¡Un gañán! (Se va riendo.)

GAS. ¡Ah! ¡Al fin!... ¡Si hace una hora me lo hubiesen dicho!... ¿En qué parará esto?... ¡Bah! Peor que está no puede ponerse la situación!.. Disimulemos. (Se sienta en un sillón y coge un periódico.) Haré como que leo... No, me haré el dormido... Eso desviará mejor toda sospecha. (Deja caer el periódico sobre las rodillas y finge que duerme.)

ESCENA XIII

GASTON, COLOMBIN, MARGARITA, GENOVEVA y CLOÉ. Luego MARÍA y á poco CLAUDIO BARROIS por la segunda izquierda

COL. Ya estamos de vuelta. ¡Ochenta kilómetros por hora!

GEN. (Riendo, viendo dormido á Gastón.) ¡Chist! ¡Se ha dormido!

COL. ¡La política no le interesa mucho!

MARG. ¡Como si hubiese algo capaz de interesarle! (Las señoras se quitan los sombreros y los abrigos que traían, dejándolos en escena.)

COL. (Reparando en el periódico y carta.) ¿Ha venido el correo? (Coge el periódico y mira el sobre de la carta.) Hay una para tí, Margarita.

MARG. (Tomándola.) ¡Abierta! ¡Ya hasta me vigilan la correspondencia. (Sacando el retrato. Gran emoción.) ¡Ay, tía!

CLOÉ ¿Qué?

MARG. El retrato de Paul Coudray.

CLOÉ ¡A ver!
COL. ¡A ver! (Todos se precipitan alrededor de Margarita para verlo)
GEN. ¡A ver!

GEN. (Con gran ingenuidad y entusiasmo.) ¡Ay, qué guapísimo es!

COL. ¿Ese es Paul Coudray? Yo creo que es el moro Valiente.

MARG. Ya sabes que está en Argelia.

CLOÉ ¡Qué ojos! ¡Qué energía en la mirada! ¡¡Qué hombre!! (Apoyando en lo de «hombre».)

MARG. ¡Y la frente! ¡Y la boca! ¡Qué expresión de nobleza!

COL. Sí que es un buen mozo!

GEN. Y tiene cara de bueno, ¿verdad, papá?

MARG. El tipo que yo me había figurado.

CLOÉ ¡Qué lástima que no hayas pedido más que un retrato!

COL. Puedes mandar hacer una ampliación para tu uso particular. Pero, hija mía, ¿qué va á decir tu marido. Me parece una locura.

MARG. ¡Como ya lo ha visto antes que nosotros! No me parece ningún crimen.

GEN. ¡Chist, que se despierta!

(Genoveva habrá procurado seguir, empinándose por encima del hombro de los demás, mirando el retrato con ingenuas muestras de que le parece bien el retratado; pero sin exagerar ninguno de estos ademanes. Instintiva curiosidad infantil; agrado, sin darse ella misma cuenta de que es agrado.)

CLOÉ (Aparte, contemplando el retrato, del cual se habrá apoderado mientras los demás espían los movimientos de Gastón al despertar: Colombin con cierta escama; Margarita con inquietud algo agresiva; Genoveva con

infantil jovialidad.) ¡Ah! ¡Ser amada por un hombre así... y morir juntos... viejos, muy viejos!

GAS. ¡Ah! ¿Ya de vuelta? ¿Qué hora es?

COL. Las seis dadas.

GEN. ¡Buen sueñecito!

MARG. (Adelantándose á los acontecimientos.) ¿Eres tú quien ha abierto esta carta?

GAS. (Muy secamente.) Sí, por distracción. Pero descuide usted, será la última.

MARÍA (Entrando por la puerta del jardín y cortando la escena.) Señor... (Trae una tarjeta en la mano.)

COL. ¿Qué hay?

MARÍA Este caballero que desea hablar al señor.

GAS. (¡Vamos á ver!)

COL. (Leyendo la tarjeta.) ¡¡Ah!!

MARG. ¿Qué?

CLOÉ ¿Qué te pasa?

COL. ¡Paul Coudray!

GAS. ¡Cómo! (Fingiendo irritación.)

MARG. ¡Eh!

CLOÉ ¡Cielos! (Casi desmayándose.)

COL. (A María.) ¿Está usted segura de que este señor es Paul Coudray?

MARÍA ¡Yo que sé, señor!

MARG. Ya veremos si se parece á su retrato.

GAS. (A Margarita.) ¡Si usted le ha escrito, como al fotógrafo!

MARG. ¡Yo! (Ofendida.)

GAS. (A María.) Diga usted que no hay nadie en casa.

COL. Imposible.

GEN. ¡Qué desatención!

CLOÉ ¡Dígale usted á ese señor que pase! (Las tres mujeres, instintivamente, se arreglan unas á otras.)

COL. ¡Es prodigioso! Si me hubiesen anunciado la visita del shah de Persia, no me hubiera sorprendido tanto.

GAS. (Aparte.) ¡Demonio! El Doctor Dufresnois conoce á Paul Coudray y lo va á echar todo á perder. Hay que avisarle. (Alto y fingiendo enojo.) ¡Yo me retiro! (Con ironía.) No quiero turbar sus efusiones de ustedes. (Vase por la segunda izquierda.)

COL. ¡Pero Gastón!

CLOÉ ¡Déjale, mejor! (Claudio aparece en la puerta del jardín.)

COL. ¡Aquí está!

MARG. (Aparte, muy emocionada.) ¡Dios mío!

GEN. (Aparte,) ¡Sí, es el mismísimo del retrato!

COL. (¡Hombre, y no está condecorado!)

CLAU. Pido á ustedes mil perdones.

COL. Al contrario. (Medio cortado.) Es grandísima honra para nosotros; está usted aquí en su casa.

CLAU. Es usted muy amable.

CLOÉ Siéntese usted, maestro. (Acercando una silla.)

CLAU. Mil gracias, señora.

CLOÉ (Rectificando.) Señorita.

CLAU. ¡Ah, perdón! (Colombin ha traido ostensiblemente el sillón de Rousseau, marcando con el gesto que una silla cualquiera es poco.)

COL. Permítame usted qué le presente. La señorita Cloé Colombin, mi hermana.

CLOÉ ¡Su más ferviente admiradora! (Reverencia.)

COL. La señora de Baudoin, mi hija mayor; mi hija pequeña, Genoveva.

CLAU. Señorita... (¡Qué criatura más rebonita!)

COL. (A Cloé.) ¡Preséntame tu, mujer!

CLOÉ Mi hermano, Estanislao Colombin.

CLAU. ¡Muy señor mío! (Apretón de manos.)

COL. ¡Tengo grandísimo honor! Pero, siéntese usted. (Presentándole el sillón.) El sillón de Juan Jacobo.

CLAU. Hallándome en París por pocos días, no he podido resistir el deseo de volver á ver esta casa y esta comarca donde he pasado días muy felices. Aun sin tener el gusto de conocerles ya contaba con la amabilidad de sus actuales propietarios y la cordialísima acogida que acaban de dispensarme justifica y sobrepuja todas mis esperanzas.

MARG. (¡Qué bien habla!)

CLAU. Si no abuso de tan exquisita hospitalidad, mañana me permitiré venir á pasar algunas horas en nuestro parque.

CLOÉ ¡Quiera el hado que esa visita le sugiera alguna nueva y sublime poesía!

CLAU. (Mirando á las tres mujeres y especialmente á Genoveva.) No me faltarán musas inspiradoras.

GEN. (¡Ay, qué miradas me echa!) (Corta pausa, como si ninguno supiese qué decir.)

CLAU. ¡Ah!... ¿por casualidad han encontrado ustedes por algún rincón un librito encuadernado en piel azul?

MARG. (Conmovida.) Sí, en efecto.

CLOÉ Esta lo había recogido como una preciosa reliquia.

CLAU. Ah, entonces no quiero privarla á usted... está en buenas manos. Copiaré algunas cosas que necesito y se lo devolveré en seguida.

ESCENA ÚLTIMA

DICHOS, el DOCTOR y luego GASTÓN por la segunda izquierda

DOC. Señoras, vengo á despedirme. (Reparando en Claudio.) ¡Cómo! ¡El señor Coudray! ¡Mi ilustre cliente! ¿Cómo va, querído maestro?

CLAU. (Aparte, estupefacto.) ¡Qué! (Alto.) Perfectamente. (Aparte.) ¡Pero este me conoce!

DOC. ¿Y qué tal la salud? ¿No hemos olvidado al doctor Dufresnois?

CLAU. ¡Qué he de olvidar, doctor! ¡Debiéndole la la vida! (¡Vuelve por otra!) (Gastón aparece por la segunda izquierda.)

CLOÉ Tu marido. (Aparte á Margarita.) Este va á hacer alguna tontería. (Mientras tanto Dufresnois se ha llevado un poco aparte á Barrois y le dice rápidamente.)

DOC. Nuestro amigo Gastón me ha puesto al corriente de la estratagema.

CLAU. ¡Ah!

DOC. Y si en algo puedo ayudarles cuenten conmigo.

CLAU. Gracias. (Mientras tanto Cloé, Genoveva y Colombin han hablado bajo con Gastón.)

GAS. (A los suyos.) No tengan ustedes cuidado, conozco los deberes de la cortesía y de la hospitalidad.

COL. (Presentándole.) Maestro, mi yerno Gastón Baudoin, químico distinguido.

CLAU. (Calándose el monóculo.) Muy señor mío.

GAS. (Secamente.) Muy señor mío. (Ceremonioso apretón de manos.)

CLAU. Usted y yo nos repartimos el análisis del mundo. Para usted los cuerpos; para mí las almas. (Con fatuidad.)

COL. (¡No sabe él la verdad que ha dicho!)

CLAU. Pero se hace tarde y voy á regresar á mi alojamiento. (Todos protestan excepto Gastón.)

GEN. ¡Se va!

COL. ¿A la fonda? ¡De ningún modo!

CLOÉ ¡No faltaba más!

MARG. ¡De ninguna manera!

DOC. Permítame usted, querido Coudray, mi casa es la de usted.

COL. No lo consiento, doctor. El señor Coudray debe alojarse en su propia casa. No consentiremos, el tiempo que esté aquí, que vaya á otra parte.

CLAU. No quiero molestar. (El Doctor, Colombin y Barrois continúan discutiendo.)

CLOÉ (Aparte á Gastón.) Insiste tú, hombre.

GEN. Sí, insiste.

GAS. ¡Yo! Que haga lo que le parezca. Ya debe ser mayor de edad.

MARG. ¡Oh! ¡Qué descortesía!

COL. Conque acepta usted, ¿verdad?

CLAU. No hay medio de negarse á recibir hospitalidad tan cordialmente ofrecida. El doctor no se resentirá.

DOC. Me someto. Pero me convido á almorzar mañana.

COL. ¡Enhorabuena! (Muy contento.)

GEN. (¡El pobre Gastón está furioso!)

CLOÉ Le voy á usted á indicar su habitación.

GAS. (Con sequedad.) No, tía, eso me corresponde á mí. (Aparte á Barrois.) Tenemos que hablar.

DOC. Hasta mañana, pues.

CLAU. Hasta mañana, doctor.

CLOÉ (Aparte á Gastón.) Por lo menos serás amable con él.

MARG. ¡Bien educado!

GEN. ¡Afectuoso!
GAS. Descuidad. Conozco mis deberes de huesped.
GEN. (Aparte.) ¿Qué vestido me pondré para comer?
GAS. ¿Viene usted? (A Barrois.)
CLAU. Le sigo. (Saludos ceremoniosos. Cada cual su actitud: Gastón fingida contrariedad. Margarita sentida emoción. Cloé júbilo estático. Genoveva ingenua complacencia y preocupación de ponerse muy bonita. Telón.)

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO

La misma decoración

ESCENA PRIMERA

CLAUDIO BARROIS

¡La verdad es que la cosa no es tan fácil como parecía!... Todo lo que hago y digo les parece muy bien á estas señoras. Y, en cambio, á Gastón... no hay más que verle la cara; le saca de quicio mi conducta. ¿Cómo me las voy á componer yo para resultar un ente despreciable?... ¡En buen lío me he metido!

ESCENA II

CLAUDIO BARROIS y GENOVEVA; entran por el foro derecha

GEN. (Trae un cestillo en la mano.) ¡Buenos días! (Finge cierto encogimiento al ver que no hay nadie más que Barrois en la habitación y va á marcharse por la puerta del jardín.)

CLAU. ¿Huye usted de mí, señorita?... Lo sentiría de veras.

GEN. Mi hermana y mi tía me han prohibido que le distraiga á usted en sus reflexiones.

CLAU. (Con amable jovialidad.) ¡Señorita, me parece, me parece que se está usted burlando de mí!...

GEN. No soy yo, maestro, han sido mi hermana y mi tía...

CLAU. En primer lugar, ¿quiere usted hacerme un gran favor? No me llame usted maestro.

GEN. ¿No le gusta á usted?

CLAU. Me ataca á los nervios.

GEN. Lo comprendo. (Deja el cestillo y se sienta, á una indicación de Claudio, que á su vez se sienta ni muy cerca ni muy lejos. En el rostro y actitud de Claudio se revela el grandísimo placer que le causa hablar con Genoveva.)

CLAU. Primer punto en que estamos de acuerdo. Aunque nos conocemos desde ayer, me parece que hemos de ser buenos amigos.

GEN. ¿Usted cree? ¡Yo lo dudo!

CLAU. ¿Por qué?

GEN. Porque yo soy muy sencillota, muy prosaica... No tengo nada de sublime. (Marcando con cierta burla el adjetivo.)

CLAU. ¡Yo tampoco! (Con convicción ingenua y completamente olvidado de su papel.)

GEN. ¿Usted, señor Coudray? (Asombrada.)

CLAU. (Turbándose.) Sí; es decir... entendámonos... cuando escribo, claro está que necesito... Pero en la vida ordinaria... en la intimidad, soy tan llano, tan sencillote... como usted misma dice.

GEN. ¡Oh, eso lo dice usted ahora por galantería; pero seguramente que mis gustos le parecerían á usted de una vulgaridad!... ¡Mire usted, yo me había formado de usted otra idea!

CLAU. Vamos á ver, ¿qué idea tenía usted de mí?

GEN. ¿Con toda franqueza? ¿No se va usted á enfadar?

CLAU. ¡Con toda franqueza! ¡No me enfado!

GEN. Bueno; pues... le creía á usted pretencioso, altivo, muy poseído de sí mismo, enfatuado de su gran talento, de sus éxitos... y veo que me había equivocado de medio á medio.

CLAU. ¡Pero de medio á medio! (Con gran convicción.)

GEN. (Exagerando cómicamente.) Me lo figuraba á usted como una especie de seductor pérfido, peligroso, que iba por todas partes trastornando cabezas y robando corazones...

CLAU. (Riendo con cierta complacencia.) ¡Oh! ¡Oh! ¿De veras?... ¿Tan temible me cree usted?

GEN. ¡No! (Riendo.) ¡Ahora que le conozco he variado de opinión!

CLAU. (Un poco desconcertado.) ¡Ah!... ¿Y qué más? ¿Qué más?

GEN. Además... pero esto es más grave... ¿No se va á enfadar?

CLAU. No, lo prometo; diga usted.

GEN. Pues bien... como estimarle, le estimaba á usted muy poco... hasta le tenía aversión... ¡y se la tengo todavía!

CLAU. (Contrariado y con interés.) ¿Por qué?

GEN. (Soltando la frase después de vacilar resueltamente.) ¡Por sus ideas acerca del matrimonio!

CLAU. (Sorprendido.) ¿Mis ideas sobre el matrimonio? ¿Acaso las conoce usted?

GEN. ¡Ya lo creo!

CLAU. ¿Y quién se las ha contado?

GEN. ¡El «Inefable misterio»! (Con aire de triunfo.)

CLAU. ¿Es posible?

GEN. La pura verdad. Me sentía herida en mis más íntimos sentimientos. ¡Parece mentira que haya usted sido capaz de escribir tales horrores.

CLAU. Pero, ¿qué horrores son esos?

GEN. De sobra los sabe usted. ¡Me tachará usted de ñoña, de niña tonta... pero se lo confieso francamente, para mí no hay nada en el mundo más hermoso que el matrimonio!

CLAU. (Olvidando completamente su papel.) Y está usted en lo firme.

GEN. ¿Habla usted sinceramente?

CLAU. Con el corazón en la mano.

GEN. Entonces, ¿por qué sostiene usted en sus obras ideas tan completamente opuestas á sus sentimientos?

CLAU. Porque... (Muy aturullado.) Porque... si... se deja uno arrastrar... La pluma corre... Hay que dar gusto á todos.... Las exigencias del

editor... Las exigencias del público... Hace uno muy mal... (La niña esta tiene un modo de razonar que aplasta.) (Entra Gastón por la segunda izquierda.)

GAS. ¡Genoveva, papá te llama!

GEN. ¡Con permiso! (Vase Genoveva.)

ESCENA III

CLAUDIO BARROIS y GASTÓN

GAS. ¡Te portas!.. Entreteniéndote con la niña en lugar de desacreditarte con mi mujer... ¡vaya un amigo!

CLAU. Más bajo, hombre, á ver si nos oyen.

GAS. No hay cuidado. Mi suegro está poniendo en orden su museo Rousseau para darte una sesión de reliquias del gran filósofo. Podemos hablar sin cuidado. ¿Te has propuesto divertirte conmigo?

CLAU. ¿Por qué?

GAS Porque maldito el caso que haces de lo convenido. ¿En qué habíamos quedado? ¿Qué me habías prometido?

CLAU. Te dije...

GAS. Me dijiste: estas mismas fueron tus palabras: «¡Me voy á echar por los suelos, á arrastrarme por el lodo! ¡Verás, verás como me presento como un ser abyecto, repugnante; un grosero, un gañán!» ¿Lo has dicho ó no lo has dicho?

CLAU. Sí, pero yo no sabía... (Viendo llegar al Doctor.) ¡Cuidado, que vienen!

ESCENA IV

DICHOS y el DOCTOR DUFRESNOIS

DOC. Señores...

GAS. Buenos días, doctor.

DOC. ¿Todo el mundo bien?

GAS. Perfectamente.

CLAU. Oye. Preséntame al doctor con mi verdadero nombre.

GAS. Mi amigo Claudio Barrois. (Presentando.)

DOC. Muchísimo gusto... (Apretón de manos. A Gastón.) He venido temprano para terminar en el laboratorio los análisis que empecé ayer. (Hace como que va hacia el laboratorio.)

GAS. Un momento, doctor. Le necesito á usted.

DOC. A sus órdenes.

GAS Ya sabe usted lo que Claudio me prometió respecto á Paul Coudray.

DOC. Perfectamente. Desprestigiarle por completo en esta casa. ¿Y qué tal va la farsa? ¿Qué pasó anoche?

GAS. Absolutamente nada. El señor que decía: «Me dejo cortar ésta (la cabeza.) si dentro de veinticuatro horas tu mujer no me ha tomado la más profunda aversión», tiene encantada á toda la familia. ¿Sabe usted lo que hizo anoche? Deslumbrar á todo el mundo con su gracia, su ingenio, su galantería, su conversación...

CLAU. Naturalmente...

GAS. ¡Mi mujer estaba encantada, pendiente de sus labios!

CLAU. (Al Doctor.) ¡Es una señora muy inteligente!

GAS. ¡Después de comer, el señorito, no contento con el éxito de su conversación, se sentó al piano, cantó como un ángel, tocó como un maestro!

CLAU. Hijo mío, la cosa no es tan fácil; no es uno un gañán siempre que quiere,

DOC. ¡Yo no podría!

CLAU. Y además, no hay que violentar las cosas. Si de buenas á primeras me hubiese yo puesto á decir inconveniencias, á cometer groserías, no hubiese resultado verosímil. Un hombre como Paul Coudray debe saber estar en sociedad.

DOC. Tienes razón.

GAS. En fin, ¿sí ó no; vas á cumplir lo prometido?

CLAU. Sin duda.

GAS. ¿Entonces á cuándo esperas? ¿Cuándo empiezas?

CLAU. A la primera ocasión que se presente.

GAS. Mira, en el almuerzo tendrás mil ocasiones. ¿Qué piensas hacer?

CLAU. ¿En el almuerzo? Pues... comer, beber...

GAS. ¡Eso! Come mucho, glotonamente. ¡Atrácate!... ¡Moja pan en las salsas, coge los huesos con los dedos!

CLAU. ¡Eso no!

GAS. Sí, atrácate; eso es antipoético. Y luego bebe, bebe... ¡Hombre, emborráchate; así, á los postres, dices mil inconveniencias!

DOC. ¡Es usted feroz!

CLAU. Vamos, ¿tú sabes lo que dices? ¡Me tendrías que echar á la calle! ¿y con qué cara volvía yo á presentarme aquí? Dame tiempo, déjame escoger medios eficaces, verosímiles. ¡Quién va á creer que Paul Coudray come con los dedos!... Déjame hacer, confía en mí...

GAS. (Viendo llegar á Cloé.) Mira, ahí viene la tía, anda con ella. Ensáyate.

CLAU. ¿La tía? Corriente. Así me iré acostumbrando. (Con ésta sí que me atrevo.)

DOC. Y yo me escapo al laboratorio á seguir mis análisis. Buena mano, (A Barrois.) y hasta luego. (Saludando á Cloé.) Señorita...

CLOÉ ¡Doctor! ¡No olvide usted que hoy almuerza con nosotros!

DOC. ¡Qué he de olvidar! (Cloé viene muy compuesta y rejuvenecida, por la segunda izquierda.)

ESCENA V

DICHOS y CLOÉ

CLOÉ Querido maestro, ¿qué tal ha descansado usted?

CLAU. Divinamente; he dormido como un tronco, lo que se llama como un tronco. (Se coloca el monóculo y toma el aire más impertinente posible.) De seguro que, según mi buena costumbre, he hecho temblar las paredes á ronquidos.

CLOÉ ¿Pero usted ronca, maestro? (Como si oyese una blasfemia.)

CLAU. Como un... órgano, en el tono bajo.

CLOÉ ¡Oh, imposible!

CLAU. Es la pura verdad. ¿Y por qué ocultarlo?... Después de todo, ¿qué mal hay en ello? Todo el mundo, cuando duerme bien, ronca. Usted misma, de seguro, señorita...

CLOÉ (Ofendida.) ¡Jamás!

CLAU. ¡Bah!... Sea usted franca como yo. ¡Qué diablo! no es ninguna deshonra.

CLOÉ Le aseguro á usted...

CLAU. Como si la estuviese á usted viendo (Mirándola con el monóculo impertinentísimo.) en chambra, tendida en la cama, con su gran cofia, la boca abierta y armonizando agradablemente los tonos severos del trombón con los finísimos de la flauta. (Imitando los ronquidos mezclados con ligero silbido.)

CLOÉ ¡Qué horror!

GAS. (Aparte. A Barrois.) ¡Bravo! ¡Aprieta!

CLAU. Pero, ¿por qué negarlo? ¿Es algún crimen? Y usted que duerme... sola... no puede molestar á nadie.

CLOÉ ¡Caballero! (Indignadísima.)

GAS. (Fingiendo molestarse.) Siento decirle á usted que esta broma me parece demasiado familiar...

CLAU. Diga usted que esta señora... digo señorita, es de una coquetería... exagerada para su edad... (Con finura impertinente.)

GAS. Me parece, señor Coudray...

CLOÉ Deja, Gastón, deja. (Ahogada por el despecho.) No hagas á los chistes poco ingeniosos de este señor literato el honor siquiera de tomarlos á ofensa... Ciertas cosas se desprecian. (Marchándose. Aparte.) ¡Grosero!... ¡Chupatintas! .. (Vase por la segunda izquierda.)

CLAU. (Quitándose el monóculo y recobrando su aire habitual.) ¿Eh? ¿Qué tal?

GAS. ¡Superior! ¡Admirable!

CLAU. Me parece que la he despachado pronto.

GAS. ¡Lo que es esta no te la perdona en su vida!

CLAU. (Recapacitando.) ¡Demonio! ¿Tú crees?... ¿No habré ido demasiado lejos?

GAS. ¡Cá! Y después de todo, ¿á tí qué te importa de mi tía?...

CLAU. Acabaré porque nadie de la familia me pueda ver ni en pintura.

GAS. Con eso cuento... Hazte ahora aborrecible á mi mujer y puedes marcharte bendito de Dios, y sobre todo con todas mis bendiciones.

CLAU. ¡Ah! ¿De modo que tú mismo me pondrás de patitas en la calle?

GAS. ¡Claro! Como que tu situación aquí será imposible. ¿Y después de todo á tí que te importa esta familia?

CLAU ¡Me importa mucho!

GAS. Nos veremos tú y yo fuera de aquí. ¡Ah! ten mucho cuidado con mi mujer... Si te adula, si te alhaga, no te hagas de miel...

CLAU. No tengas cuidado.

GAS. Solo debes pensar en rebajarte á sus ojos, en despostizarte, en tirarte por los suelos, en hacerte antipático y despreciable.

CLAU. Convenido.

GAS. Aquí está mi mujer y mi suegro. En guardia. Ataca de firme.

ESCENA VI

DICHOS, COLOMBIN y MARGARITA por la segunda izquierda

COL. ¿Cómo va esa salud, señor poeta? ¿Se ha descansado?

CLAU. Divinamente, roncando como un bendito toda la noche.

COL. Eso es bueno.

CLAU. Señora... (Saludando.)

MARG. ¿Cómo va, querido maestro?

CLAU. Muy bien ¿y usted, señora?

MARG. Yo acabo de pasar una hora deliciosa con usted.

CLAU. ¿Conmigo? (Colombin coloca en el centro de la escena el sillón de Rousseau para que se siente Barrois Margarita mostrando el libro que deja sobre la mesa Volviendo á leer su obra maestra «Los besos mortales».)

CLAU. ¡Ah! ¿Ha vuelto usted á leerlos?... (Aparte.) ¡Como tenga que hablar de ellos me luzco!

GAS. (Aparte á Barrois.) ¡Anda con ella!

MARG. ¡Qué intensidad de poesía! ¡Y qué variedad! ¡Todas las cuerdas de la lira han vibrado bajo su poderosa inspiración!

GAS. (Aparte á Barrois que se iba ablandando con las miradas apasionadas de Margarita.) Vamos, hombre, ¿qué haces?

CLAU. (¡Ah, sí!) (Se planta el monóculo, cruza una pierna sobre otra y con el aire más fatuo é impertinente posible, dice pausadamente:) ¡Sí, en efecto; creo que, de Víctor Hugo acá, no se ha escrito nada más admirable!

COL. (¡Caracoles!) (Sorprendido de la frescura.)

CLAU. (Desdeñoso.) ¡Y todavía Víctor Hugo!... ¡Pts! Muy burgués, pretencioso. ¿Qué quedará de la obra de Víctor Hugo dentro de veinte años?

(Colombin se hace cruces.)

GAS. (Con ironía.) ¡Bien poca cosa! Mientras que usted, maestro...

CLAU. ¡Yo, amigo mío, (Cada vez más fatuo.) estoy tranquilo! Ni una sola de mis obras perdera con el tiempo. Mis versos son de bronce. Mis novelas la historia del alma contemporánea. ¡Cada libro un monumento!

MARG. ¡Oh, sí!

COL. (Aparte.) Yo creo que se está quedando con nosotros. ¿Habla usted en serio?

CLAU. ¡Yo no bromeo nunca cuando se trata de mí!

COL. Dispense usted, yo creía...

GAS. (Irónico.) Sabe usted apreciarse en su justo valor.

CLAU. Y tengo el valor, raro en estos tiempos, de decir en voz alta lo que pienso. Cuando escribo verses sublimes me parece que lo menos que puedo hacer es ser el primero en enterarme de ello.

GAS. ¡Es evidente!

MARG. (Aparte.) ¡Qué confianza en sí mismo!

COL. ¡Lo que me sorprende es que todavía no esté usted condecorado!

CLAU. (Despreciativo.) ¡Si hubiera querido!... Pero eso es ya una vulgaridad... ¿Quién no está hoy condecorado?

COL. ¡Yo!

MARG. Y no por falta de ganas. (Riendo.)

CLAU. Para tener la cruz hay que pedirla... ¡y eso jamás!

MARG. (Aparte.) ¡Es altivo!

COL. Yo la pido todos los años... y como si no...

CLAU. Cuando uno se llama Paul Coudray acepta, no solicita...; (Gesto despreciativo.) Yo estoy por encima de las recompensas oficiales; me basta con la admiración de la humanidad.

COL. ¡Es usted de bronce, como sus obras!

MARG. De todas sus poesías las que más me gustan son «La alborada y «Yolanda».

CLAU. ¡Ah! ¡«La alborada»! ¡Mi más hermosa inspiración!

MARG. (Recitando.)

«Como el niño, aterrado, en sueños llora,
y solo calma, con su luz que alegra,
el alba al despertar, así, en la negra,
sombra de las ausencias, mi alma implora
una esperanza, un rayo de alegría. .
¡Llegas tú!... ¡Todo cambia!... ¡Luce el día!»

CLAU. (Extasiándose.) ¡Es exquisito! (Con impertinencia.) ¡Mal recitado!

MARG. (Avergonzada.) ¡Ah!

CLAU. Pero exquisito, esa es la palabra.

COL. (Aparte.) ¡Es fino el maestro!

GAS. Lo que yo prefiero en «Los besos mortales»...

CLAU. ¿Ah, usted los ha leído, «Los besos»? (Tienes más suerte que yo.)

GAS. ¡Ya lo creo! Lo que más me ha llegado al alma es «La escala de amor».

CLAU. ¿La escala? Mi más elevada inspiración.

COL. (¡También ésta!)

CLAU. (Con convicción sincera.) ¡Es hermoso, verdaderamente hermoso!

MARG. Sí, pero poco amable para las señoras.

GAS. ¡Pero tremendamente verdadero! ¡Observado, vivido!

CLAU. ¡Tengo la costumbre de esculpir en carne viva!

COL. (¡Qué fatuo!)

GAS. (Hablando con el alma como quien defiende su propia causa.) ¡Cuántos hombres que han cifrado en un solo y único amor todas sus alegrías, todos sus sueños, todas sus esperanzas... llegan á sentirse mal comprendidos, hasta se ven objeto de burla de la mujer á quien quieren más que á su vida! (Margarita parece conmoverse.)

COL. (Aparte.) ¡Pobre Gastón!

MARG. Cuando dos corazones dejan de comprenderse, ¿por qué ha de ser siempre la mujer la culpable? (En tono de sentido reproche.)

CLAU. (Vivamente.) ¡Al contrario, es el hombre, siempre el hombre!

GAS. ¿De veras?

CLAU. Si la mujer le deja es que no supo hacerse amar. Amar no es nada, ¡ser amado es todo!

COL. (¡Vaya una moral!)

CLAU. ¡Y para hacerse amar todos los medios son buenos!

GAS. ¿Cómo?

CLAU. Por ejemplo ¡yo! Yo puedo decir que he sido... ¡y soy! el hombre más buscado, el más adulado, el más amado de todo París.

COL. (Aparte.) ¡Es repugnante!

CLAU. Así puedo decir que tengo cierta experiencia de las mujeres. Pues, bien, he observado que hay algunas, y no pocas, muchas más de las que se cree, de las cuales no se puede hacer carrera sino... zurrándolas.

MARG. ¡Oh! (Con disgusto.)

GAS. ¡Pero eso es odioso!

COL. ¡Pero, como! ¿Usted?... (Haciendo señas de pegar.)

CLAU. Algunas veces sí (Se habrá puesto de pie.) y siempre me ha dado resultados admirables. ¡Me adoraban!

COL. (¡Qué tío!) (Se lleva al fondo el sillón de Rousseau. Margarita se ha quedado pensativa.)

CLAU. (Aparte á Gastón.) ¡Si ahora no estás contento!

GAS ¡Bravo! ¡Bravísimo!

MARG. (Aparte como si lo dedujese de sus reflexiones.) ¡Ah! ¡Qué energía debe poner en sus pasiones!

ESCENA VII

DICHOS y GENOVEVA

GEN. (Entra por el foro.) Gaston, el doctor dice que hagas el favor de ir al laboratorio. (Barrois en cuanto entra Genoveva, varía de actitud y deja caer el monóculo.)

GAS. Voy al momento. Mira, Genoveva, haz el favor de no dejar abierta la puerta del jardín; al señor Coudray le hacen mucho daño las corrientes de aire.

CLAU. ¿A mí?

GAS. Como padece de reuma...

CLAU. (¡Caracoles!) Perdone usted, no.

GAS. (A Colombin.) Ahora que recuerdo. ¿Hay en casa aguardiente?

COL. ¿Aguardiente?

GAS. Si no, envíe usted por unas botellas; el señor Coudray me ha confesado que no puede trabajar sin una botella de aguardiente al lado del tintero.

MARG. (Aparte á Colombin.) ¡Aguardiente! (Con repugnancia.)

COL (No me choca. ¡Estos genios á lo mejor cogen cada mona!)

CLAU. (¡Esto es abusar de uno!)

COL. Voy á enviar ahora mismo. ¿Qué clase prefiere usted, maestro?

CLAU. No, no corre prisa. (Secamente.)

GAS. Del más fuerte, del peor, bala rasa.

CLAU. (Que te parta á tí, ¡animal!)

GAS. (Aparte á Margarita.) Encantador; tu delicado poeta, ¡un alcohólico! (Idem á Barrois.) (Duro, chico, duro con ella.) ¿Vamos, papá?

COL. Sí, vamos. ¡Ah, y cerremos bien, no le dé el dolor al maestro. (Con sorna. Vanse por el foro Gaston haciendo señas á Barrois y éste á Gaston, como quien dice: «Esto es superior á mis fuerzas».)

ESCENA VIII

CLAUDIO BARROIS y MARGARITA

CLAU. Nada; ¡que están quedándose conmigo! ¡Me han aviado! ¡Achacoso y borracho perdido! ¡Ah, si yo hubiese sabido en la que me metía!

MARG. ¿No me guarda usted rencor de haber dicho tan mal sus versos?

CLAU. ¡De ningún modo! Cuando un pianista adocenado desuella la «Sonata Patética», la obra maestra de Beethoven no deja por eso de ser una obra maestra. Se silba al ejecutante, ¡pero la inspiración del maestro sigue siendo inmortal!

MARG. (Picada.) ¡¡Es usted severo!! (Va á la mesita y saca del cajón el cuaderno de Coudray.)

CLAU. (¡Se picó, esto marcha!... ¡Pero es muy duro tenerle que decir estas inconveniencias!)

MARG. Voy á devolverle á usted su cuaderno y varias otras menudencias que he encontrado en este cajón.

CLAU. El cuaderno se lo devolveré como le prometí!

MARG. (Siempre picada.) ¡Mil gracias!

CLAU. (Hojeando el cuaderno.) ¡Oh, y tiene usted suerte!... ¡Guárdelo bien! ¡Para un aficionado á autógrafos esto valdría lo menos quinientos francos!...

MARG. (Vivamente.) ¡Ah! entonces quédese usted con él, sentiría de veras perjudicarle.

CLAU. ¡Vaya, que no! ¡Yo no tengo más que una palabra! ¡Lo ofrecido es deuda! (Guardándose el cuaderno.)

MARG. Aquí hay una pluma, tres tarjetas... no, no hay más que dos... falta una.

CLAU. (¡A ver si descubre!...) ¡Oh, deje usted, no se moleste, esos objetos no tienen ningún valor... puede usted conservarlos.

MARG. Es usted muy generoso. (Irónica.) ¡Ah! También hay aquí dos cuentas del carbonero... suman ciento setenta y cinco francos.

CLAU. Con el recibí, por supuesto.

MARG. No; sin el recibí.

CLAU. ¡Ah! Entonces no hay para qué guardarlas. (Las rompe.) ¡No las pienso pagar!

MARG. Pero si las debe usted...

CLAU. (Riéndose.) ¡Vaya una razón!

MARG. Tiene usted la manga ancha.

CLAU. Anchísima.

MARG. Aquí hay también tres cartas: dos firmadas Gabriela, (Suspiro mal contenido.) la otra está escrita por usted...

CLAU. ¿Por mí?... Hombre, ¿á ver qué dice? (Coge la carta.)

MARG. Usted me perdonará que la haya leído; no fué indiscreción, si no curiosidad literaria.

CLAU. (Leyendo difícilmente.) «Ado... Hor...» (Aparte.) ¡Vaya una letra indecente! (A Margarita.) Tengo una letra tan imposible, que yo mismo no la entiendo... Usted, de seguro, no la ha podido...

MARG. Me la sé de memoria.

CLAU. ¡Bah! (Tratando de leer.) «Hortensia adorada...»

MARG. (Pensativa, emocionada.) Hermosa debía ser para inspirar tal pasión. ¡Jamás me escribirá á mí nadie una carta parecida!

CLAU. ¡Confieso que una temporada tuve por ella algo así... vamos, un capricho!... Guapa muchacha, eso sí... ¡Pero sentimental, romántica... cargante! Y á mí, ¿sabe usted? las mujeres sentimentales... (Gesto de desdén.) Y luego la manía insoportable de recitarme mis versos.

MARG. ¿Tan mal como yo? (Picándose otra vez.)

CLAU. ¡Así es que en cuanto pude deshacerme de ella... sin violencia, sin escenas! ..

MARG. ¿Y le escribía usted cartas como esta, con el lenguaje de la pasión?

CLAU. (Sonriendo.) Eso es más bien lo que llamamos... literatura. Precisamente en esa época escribía yo una novela para la *Revista de París*; y en ella insertaba, sin omitir palabra, todas las epístolas incendiarias que enviaba a la sentimental Hortensia.

MARG. (Conteniendo su indignación.) ¿Sus cartas? ¿Sus cartas de amor?

CLAU. ¿Qué mal había en ello? Mi amada las cubría de besos... y en la *Revista* me las pagaban á cien francos la página. (¡Ave María Purísima!)

MARG. ¡Eso es abominable! ¡Traficar así con los más nobles sentimientos! ¡Mezclar el amor y el interés!

CLAU. Nada más natural. Hay que dejarse de romanticismo. Hay que ser prácticos.

MARG. (Amargamente.) ¡Prácticos!

CLAU. Por ejemplo; cuando uno se casa, ¿no piensa ante todo en la dote?

MARG. ¡No siempre, á Dios gracias!

CLAU. Sí, ya sé que hay algunas raras excepciones. ¡Pero tan pocas!... Usted, por ejemplo. Vamos, aquí en confianza. ¡Su marido de usted no se casó sólo por su linda cara, (Gesto indignado de Margarita.) por más que como bonita, vaya si es bonita esa cara!

MARG. ¡Se equivoca usted, maestro! (Estallando de indignación)

CLAU. ¡Vaya! ¡Vaya! (Incrédulo)

MARG. Mi marido se casó por amor, únicamente por amor.

CLAU. (Burlón.) Entonces es un héroe. ¡Debe usted estar orgullosa y apreciarle con todo su excepcional valor!

MARG. ¡Puede usted estar seguro de que sus teorías me lo hacen apreciar todavía más, muchísimo más!

CLAU. ¿De veras? ¡No sabe usted cuánto me alegro!... ¡Me encanta haber hallado en mi camino un matrimonio donde el amor reina y el dinero no gobierna! ¡Ja, ja! ¡Y será celoso! ¡Qué ridiculez! (Con mucha impertinencia.)

MARG. Los celos cuando nacen de un sincero afecto no son ridículos, si no respetables. (Con cierta sequedad.)

CLAU. ¡Celoso! (Riéndose á carcajadas.) ¡Eso está mandado recoger!

MARG. (Secamente.) De todas suertes, no me parece llamado á burlarse de los celos quien, como usted, ha descrito tan admirablemente ese tormento de los enamorados en su novela

La agonía de un corazón. ¡Recuerde usted aquellas cartas desesperadas de Julia Malvois!

CLAU. ¡Ah! ¿Usted cayó en el lazo? ¿Usted ignora que esas cartas no las he escrito yo?

MARG. ¿Pues quién?

CLAU. La misma interesada. Yo sólo he cambiado el nombre.

MARG. ¡Cómo! ¿Esas cartas son verdaderas?

CLAU. Auténticas. ¡Como que era á mí á quien iban dirigidas!

MARG. ¿A usted? (Asombrada.)

CLAU. (Con la mayor desenvoltura.) ¡A mí mismo! ¡La pobrecita me amaba con locura!

MARG. (Conteniendo su indignación.) ¿Y ha tenido usted valor de publicarlas?

CLAU. Casi textualmente. Y ha sido uno de mis éxitos más grandes. Se vendieron diez ediciones del libro en un mes. Una fortuna. ¡Doscientos mil francos!

MARG. ¡Oh, basta! No siga usted; se lo ruego. (Verdaderamente indignada.)

CLAU. ¿Pero por qué, señora?

MARG. ¿No lo comprende usted?

CLAU. No.

MARG. ¡Tanto peor para usted!

GAS. (Entrando por el fondo izquierda. Aparte.) A ver si este animal sigue haciéndose el interesante. (Alto.) ¿Me he dejado por aquí el periódico?... (Fingiendo buscarlo.)

MARG. (Respondiendo á nueva impertinente interrogación de Barrois.) Tanto peor para usted. Beso á usted la mano. (Muy fresca. Al marcharse se encuentra frente á frente á su marido, y como por impulso irresistible, le echa los brazos al cuello, y abrazándole muy apretado le dice:) ¡Ay, Gastón de mi alma! ¡Qué bueno eres y cuánto te quiero! (Aparte, marchándose.) ¡En mi vida le he abrazado de mejor gana! (Echando una mirada de desprecio á Barrois. Aparte.) ¡Qué tipo más odioso! (Vase por el foro. Gastón se queda como quien ve visiones mirando marchar á Margarita y luego se vuelve á Barrois que le contempla con los brazos cruzados y con aire de triunfo.)

CLAU. (Quitándose el monóculo.) ¿Eh? ¿Qué tal?
GAS. ¡Pero esto es un milagro!
CLAU. ¿Estás contento?
GAS ¡Un ángel! ¡Eres un ángel! (Marchándose por la segunda izquierda.) ¡Continúa, chico, continúa!

ESCENA IX

CLAUDIO BARROIS y GENOVEVA por el foro

CLAU. ¿Continuar?... ¡No! Ya no puedo más... Ya estoy harto de ser un sinvergüenza.
GEN. Señor Coudray, le voy á pedir un favor como un verdadero amigo; pero un favor muy grande.
CLAU. (Contentísimo.) ¿Un favor? ¡Diga usted, diga usted! (Se sientan.)
GEN. Ya habrá usted notado lo enadoradísimo que está Gastón de mi hermana.
CLAU Cierto.
GEN. Y habrá usted notado también cierto despego en Margarita.
CLAU (¡Hola!) Sí, algo me ha parecido notar.
GEN. Usted no sabe lo que eso hace sufrir á mi pobre cuñado... y á mí se me parte el corazón de verlo.
CLAU (¡Pobrecita, qué buena es!)
GEN. ¿Qué haríamos para que Margarita fuese razonable?
CLAU. (¡Veamos!) ¿Y á mí me lo pregunta usted?
GEN. A usted... Porque usted tiene la culpa de lo que sucede. (Con mucha inocencia.)
CLAU. (¡Qué ingenuidad!) (Fingiendo asombrarse.) ¿Yo?
GEN. Usted con sus librotes y sus novelones psicológicos. ¡Por Dios, busque usted un medio, veamos la manera de arreglar esto! No hay tiempo que perder. Gastón está desesperado, furioso, y acabará por hacer un disparate.
CLAU. (Con mala intención.) ¿Quiere usted que me marche en seguida?
GEN. (Sin poderse contener.) ¡No! (Reponiéndose.) Es decir... con eso no arreglamos nada; la situación no cambiaría y Gastón...

CLAU. Aguarde usted. (Como quien madura una idea.)
GEN. ¿Ha dado usted con el remedio?
CLAU. Sí... quizás,.. acaso... un remedio heróico, ¡pero seguro! sea lo que sea, ¿me promete usted no enfadarse conmigo?
GEN. Lo prometo.
CLAU. ¿Usted quiere mucho, pero mucho, á su hermana y á Gastón?
GEN. Muchísimo.
CLAU. Muchísimo no es bastante.
GEN. ¿Pues qué hace falta?
CLAU Hay que llegar hasta el sacrificio.
GEN. ¿Al sacrificio?
CLAU (Con mucha seriedad, pero con gran sencillez.) Sí; casándose conmigo.
GEN. ¡Caballero! (Vivamente.)
CLAU (Sonriendo y con dulzura.) ¡Me había usted prometido no enfadarse!
GEN. (Turbada.) No, si no me enfado; pero lo que menos me esperaba era semejante proposición...
CLAU (Amorosamente.) Y si yo le dijera á usted, niña mía, que su gracia me ha cautivado, que su encantadora ingenuidad y su belleza me han conquistado por completo, y que mi más ardiente sueño sería... (Deteniéndose á un gesto de Genoveva.) Pero no, no se lo digo, no tengo derecho para hablarla á usted así. (Colombin entra por el fondo derecha. Genoveva se refugia en los brazos de su padre, abrazándole con muchísimo cariño y pudorosa monería.)
GEN. ¡Papá! ¡Papaíto mío!

ESCENA X

CLAUDIO BARROIS, COLOMBIN y GENOVEVA

COL. ¿Eras tú quien le hacía compañía al maestro? ¡Bien se habrá aburido con tu charla!... Tú no estás á la altura... Margarita ó tu tía, pase. ¿Pero tú, chiquilla?...
GEN. (Con malicia.) ¡Oh! El señor Coudray sabe, cuando quiere, ponerse á nivel de las inte-

ligencias más modestas. No he perdido una palabra de todo lo que me ha dicho, y estoy segura... de haberle comprendido perfectamente. (Barrois agradece con toda su alma al inclinarse.)

COL. Tanto mejor. Vengo por usted para enseñarle mi museo Rousseau.

CLAU. Estoy á sus órdenes; señorita... (Expresivo y respetuoso saludo.)

COL. Es cuestión de cinco minutos. Pase usted, maestro, ahora tomará usted el aguardiente. (Vanse los dos derecha primer término.)

GEN. (Desbordando de alegría en cuanto se queda sola.) ¡Me quiere! ¡A mí! ¿Es posible? (Después de pensar un momento y con gran convicción.) ¡Y tiene muchísima razón! ¡Así se arregla todo divinamente!

ESCENA XI

GENOVEVA, CABRIAC. Luego CLAUDIO BARROIS

CAB. (Por la puerta del jardín.) Con permiso. ¿Podría ver al señor Colombin?

GEN. ¿A mi papá? Sí, señor, voy á avisarle.

CAB. Ayer se me olvidó preguntarle las señas del señor Coudray, y desearía que me las diese.

GEN. ¿Pablo Coudray? ¡Sí está aquí!

CAB. ¿Aquí, en Fontenelles?...

GEN. Desde ayer tarde. Si desea usted verle le avisaré... (Va hacia la puerta por donde salió Barrois.) ¡Señor Coudray!... Ya viene.

CAB. (Aparte.) Al fin le tengo al alcance de mi mano.

GEN. (A Barrois que sale.) Un señor pregunta por usted.

CLAU. ¿Quién?

GEN. ¡El señor! (Aparte. Marchándose) ¡Y qué cara de mal genio tiene!

ESCENA XII

CLAUDIO BARROIS. Luego GASTÓN, COLOMBIN y todos los demás

CLAU. (¿Quién será este tipo?) Servidor. ¿A quién tengo el honor de?...

CAB. (Terriblemente amenazador.) ¡Cabriac!

CLAU. (Indiferente.) ¡Ah!... ¿Cómo ha dicho usted?

CAB. ¡Capitán Cabriac! (Más terrible.)

CLAU. (¡Qué fiera!) Bueno. Pues si usted tiene la bondad de decirme lo que desea...

CAB. ¿No lo adivina usted?... (Terriblemente irónico.)

CLAU. No es fácil. (¿Será otro acreedor?)

CAB. (Con voz de trueno.) ¡Susana!

CLAU (Muy tranquilo.) ¿Qué?

CAB. ¿Dónde está Susana?

CLAU. ¿Y yo qué sé?... ¿Qué Susana es esa?

CAB. ¿Qué ha hecho usted de mi Susana?

CLAU ¿Su Susana? Yo no la he... ¡Ah! Ya caigo. (Sí; la que me contó Gastón; el rapto de Coudray.) ¿La señora de Cabriac? ¡Sí, sí, ya recuerdo!

CAB (Ferozmente.) ¿Recuerda usted?

CLAU Sí; un rapto... Seducida...

CAB. ¡Por usted! (Yendo á precipitarse sobre él y conteniéndose á duras penas.)

CLAU (Retrocediendo, pero tranquilo, indiferente y riendo.) ¿Por mí? ¡Ni por pienso!

CAB. ¿Niega usted? ¿Se atreve usted á negar?

CLAU. ¡Palabra de honor que no!

CAB. ¿Querrá usted sostener que usted, Pablo Coudray?...

CLAU. Ni la he visto en mi vida á esa señora. (Colombin entra por la derecha primer término, y al ver al capitán se interpone rápidamente entre él y Barrois.)

COL. (¡Cabriac!)

GAS. (Saliendo por la segunda izquierda.) (¡El capitán! ¡Demonio!)

COL. ¡Querido capitán!

CAB. (Dándole la mano rápidamente.) ¡Señor Colombin!

COL. ¿Cómo va esa salud desde ayer?

CAB. Muy bien. (Mirando amenazador como un tigre á su presa, á Barrois.) Y encantado de haber vuelto hoy por aquí.

CLAU (¡Cómo salir de este lío!)

GAS. (¡No le puedo dejar en las garras de esta fiera!)

COL. (Buscando dilaciones.) Permítame usted, capitán, que le presente á mi yerno Gastón Baudoin...

CAB. (Impaciente.) Muy señor mío... Decíamos... (A Barrois.)

GAS. (Interponiéndose.) Permita usted, capitán, que á mi vez le presente uno de mis mejores amigos. (Presentando á Claudio.) Claudio Barrois, profesor eminente... (Barrois saluda.)

COL. (Aparte. Sorprendido.) ¿Cómo?

CAB. ¡El señor no se llama Claudio Barrois!

GAS. (Fingiendo sorpresa alegremente.) ¿No? ¡Hombre! ¿qué me cuenta usted?

CAB. ¡El señor es Pablo Coudray!

CLAU. (Como Gaston.) ¿Coudray? ¡Ja, ¡ja! ¡Si usted se empeña!

COL. (¡Bien inventado!) (Aparte á Gastón.)

CLAU. ¡Figúrense ustedes que el capitán se empeña en que yo me he llevado á su mujer! (Riéndose.) ¡En mi vida la he visto!

GAS. (Riendo.) ¡Su mujer! ¡Ja, ja!

COL. Capitán, le aseguro á usted que padece un error...

CAB. Señor mío, comprendo perfectamente el sentimiento que dicta sus palabras. El señor está en su casa y pretende usted salvarle...

CLAU. (Riendo á Gastón.) ¡Salvarme!

CAB. ¡Pero no se me engaña á mí fácilmente! ¡El señor es Pablo Coudray. (Signos negativos y joviales de los tres. Cloé aparece por la segunda izquierda y da un grito de espanto.)

CLOÉ ¡Ay! ¡El capitán!

CAB. (Triunfante.) ¿Y ese grito de espanto?

COL. ¡La sorpresa!... ¡El gusto de volverlo á ver! ¿Verdad, Cloé?

CLOÉ ¡Justo! ¡La sorpresa! ¡El placer!... (Aparte.) ¡Lo va á matar!

CAB. (Decididamente á Barrois.) Acabemos de una vez, señor mío. ¡Persiste usted en afirmar que es usted Claudio Barrois, que no es usted Coudray!

DOC. (Entrado por la segunda izquierda.) ¿No se almuerza? ¡Ah! ¡Buenos días, señor Coudray! ¿Qué tal se ha descansado, maestro?

CLAU. (¡Dominó!) (Movimiento general. Margarita y Genoveva aparecen en el foro derecha.)

CAB. (A Dufresnois.) ¿Cómo ha dicho usted? (Yéndose á él y cogiéndole por una solapa.) ¿Usted conoce á Pablo Coudray? (Todos hacen desesperadamente señas al Doctor que éste comprende al revés.)

DOC. ¡Ya lo creo! ¡He sido su médico tres años!

GAS. (Aparte.) ¡Animal!

CAB. Entonces... (Furioso.) ¡Todo el mundo se burla aquí de mí!

MARG. Pero, ¿qué es esto? ¿qué pasa?

COL. (Llevándosele á un lado de la escena.) Cálmese usted, capitán.

CLAU. (Tranquilo é impertinentísimo.) ¡Confieso que me va usted resultando pesado, fanfarrón, insoportable y ridículo!

CAB. (Furioso.) ¡¡¡Señor mío!!!

CLAU. ¡Parece que se va usted á comer á la gente! (Más impertinente y agresivo, sin descomponerse.)

CAB. ¡Ah! ¡Yo le haré á usted comerse esas palabras!

CLAU. ¡Nada de voces! ¡Ni de miradas terribles! ¡No me asusta usted!... ¡Hay señoras!... Cuando usted quiera...

CAB. ¡No pido otra cosa!

CLAU. ¡Y como usted quiera! (Dulcemente.)

CAB. ¡Pronto recibirá usted noticias mías!

CLAU A sus órdenes. (Cabriac sale furioso seguido de Colombin y Dufresnois, que procuran calmarle, por el foro.)

GEN. (Triunfante á Margarita y Cloé.) ¡Ya sabía yo que no era un cobarde! (Gastón que se ha quedado estupefacto desde que Barrois cambió de actitud, ha ido llevando á las señoras hacia dentro.)

MARG. (Muy satisfecha.) ¡Es un hombre de honor!

CLOÉ (Trágica.) ¡Es todo un hombre!

GEN. (Al irse por el foro con ellas cae en la cuenta del

peligro y exclama aparte.) ¡Ay! ¿Me lo matará ese bruto? (Margarita y Cloé llévanse á Genoveva por el foro.)

GAS. (Volviéndose á Barrois y mirándole irritadísimo, cruzándose de brazos.) ¿Pero te has vuelto loco?

ESCENA XIII

CLAUDIO BARROIS y GASTON

GAS. A toda costa hay que evitar ese duelo.

CLAU. ¿Y por qué?

GAS. ¡Figúrate que sales herido!

CLAU. ¿Y qué?

GAS. ¡Todo estaba perdido entonces! Como es natural, mi suegro querría cuidarte aquí y resultarías un personaje muy interesante... ¡Herido por la mujer amada! ¡Mártir! ¡Glorificado!

CLAU. ¡Vamos, ya! ¡Lo mejor sería dejarme matar por Cabriac! ¡Eso lo resolvía todo! (Irónicamente.)

GAS. (Ingenuamente.) ¡Hombre, sí! ¡Márchate en cuanto almorcemos!

CLAU. Parecerá una fuga. Creerá el capitán que tengo miedo.

GAS. Mejor, eso es lo que hace falta.

CLAU. Eso es lo que no me conviene.

GAS. ¿Por qué?

CLAU. ¿Con qué cara quieres tú que luego me presente yo aquí á pedir la mano de tu cuñadita?

GAS. ¿Estás enamorado de Genoveva? (Asombradísimo.)

CLAU. Enamoradísimo.

GAS. ¡Vaya, vaya! Ayer ni siquiera la conocías.

CLAU. Pero hoy la conozco muy bien.

GAS. (Burlón.) ¡Un flechazo!

CLAU. ¡Sí, chico! ¡Un flechazo! ¡Pero certero!

GAS. Pero, ¿y ella? ¡No puede quererte así tan de repente!

CLAU. ¡Eso lo veremos!

GAS. ¡Por visto! (Colombin aparece por el fondo izquierda.)

ESCENA XIV

DICHOS, luego GENOVEVA por el foro

GEN. ¡Señor Coudray!

CLAU. (Calmándosele los nervios como por encanto y muy amable.) ¿Señorita?

GEN. ¡Ahí está la señora Juana!

CLAU (Sin saber que decir y consultando á Gastón con la mirada.) ¿Ah, la señora Juana? ¡Vaya, vaya! ¡La Juana! ¡Cuánto me alegro!... ¿y cuál... cuál de ellas?

GAS. Sí, hombre, su antigua portera, cuando vivía usted aquí.

CLAU ¡Ya, ya! ¿Y está ahí?

GEN Sí señor, en el jardín, desea saludarle á usted. ¿Le digo que pase?

CLAU (Vivamente.) No, no.

GEN. Dice que le quiere á usted tanto, que era usted tan bueno.

GAS. Y ahora que la pobre se ha quedado sorda y ciega...

CLAU. ¿Ciega y sorda? ¡Pobrecita! ¡Voy á verla en seguida! (Vase por el foro.)

GEN. ¡Qué contenta se va á poner! (Disponiéndose á seguir á Claudio.)

GÁS. (Deteniéndola.) No; quédate aquí. (A Claudio.) Yo le acompaño á usted.

GEN. ¡Ah! (Luego se vuelve con precaución para mirarle marchar, amorosamente y con cierta vanidosa satisfacción.) ¡Mi marido! ¡Quiere ser mi marido!... ¡Cuánto le voy á querer!... ¡Qué bueno es querer y que la quieran á una! ¡Quién me lo hubiese dicho ayer!... ¡Llevaba una vida tan sosa!... ¡Y ahora!... ¡Ahora me parece que soy otra! (Se queda absorta reflexionando.)

ESCENA XV

GENOVEVA y MARGARITA

MARG (Entrando por el fondo derecha.) ¡Genoveva!
GEN. (Sin oir, siguiendo en sus reflexiones.) Parece mentira lo que una palabra puede cambiar en la vida...
MARG. ¡Genoveva! (Más alto que antes.)
GEN. (Como antes.) ¡Mi marido!
MARG. (Gritando.) ¡Genoveva!
GEN. (Asustada.) ¡Ah! ¿Qué?
MARG. Hija mía, ¿qué piensas?
GEN. (Muy alegre.) No puedes figurártelo. ¿Quieres que te lo diga?
MARG. ¿A ver, á ver?
GEN. ¿Me prometes guardarme el secreto?
MARG. (Con solemnidad cómica.) ¡Prometido!
GEN. ¿No te enfadarás conmigó?
MARG. ¡Qué chiquilla! (Besándola) Dí.
GEN. Pues pensaba... en él.
MARG. ¿Y quién es él?
GEN. ¡Pablo Coudray!
MARG. ¡Cómo!
GEN. ¡Como el señor Coudray piensa en mí! Ahí tienes... (Con aire triunfante.)
MARG. ¿Coudray piensa en tí? (Asombradísima.)
GEN. ¡Ya lo creo! ¡Me ama, le amo, nos amamos!
MARG. ¡Te quieres callar, hija mía! ¿Casarte con un tipo semejante?
GEN. ¿Ya no te gusta? (Contenta.)
MARG. Es el más despreciable de los hombres.
GEN. (Indignada.) ¡Oh, Margarita, no digas eso! ¡Despreciable!... A mí me parece adorable.
MARG. Un hombre sin escrúpulos, sin delicadeza.
GEN. Precisamente á mí gusta por lo delicado que es.
MARG. Incapaz de querer á nadie.
GEN. Yo estoy segura de que tiene un gran corazón.
MARG. ¿Pero te has vuelto loca? ¿De dónde sacas todo eso?

GEN. En primer lugar, es tan sencillo...
MARG. ¡El! (Escandalizada.)
GEN. Sin pretensiones, sin vanidad...
MARG. Pero si es un fatuo.
GEN. Y un espíritu tan recto, una honradez...
MARG. (Burlándose.) Sí, sí. (Tiernamente.) ¡Pobrecita mía! Habrá que desengañarte por completo. Coudray no te quiere; no puede quererte... porque ama á otra mujer.
GEN. (Vivamente.) ¡Mentira!
MARG. (Resentida.) ¿No quieres convencerte? Ama á otra mujer; y lo que es peor, á una mujer casada.
GEN. ¡Oh! (Confusa é incrédula.) ¿A quién?
MARG. A la mujer de Cabriac; por eso el capitán quiere batirse con él.
GEN. ¡Oh! (Aferrada á su idea.) ¡No! ¡No! ¡No lo creo!

ESCENA XVI

DICHAS y CLOÉ por el foro

MARG. ¡Ah! ¿no me quieres creer? Ahora verás. (A Cloé.) Tía, ¿por qué se bate Cabriac con Pablo Coudray?
CLOÉ Por su mujer. Todo el mundo lo sabe.
MARG. ¿Lo ves?
GEN. ¡Pobre de mí! (Rompiendo á llorar tiernísimamente. No debe ser gimoteo de niña, sino llanto sincero de verdadera pena.)
CLOÉ ¿Por qué llora esta tonta?
MARG. ¡Porque Coudray le quiere!
CLOÉ ¡Esta!... (A Genoveva.) ¿Pero estás loca, criatura? ¡Ese individuo es un pillo! ¡Un impostor que se está divirtiendo con todos nosotros!
MARG. ¿Qué dices?
CLOÉ ¡Estoy segura de ello!... Es decir, casi segura. ¡No es Pablo Coudray!. . Se ha presentado aquí tomando su nombre.
MARG. ¿Que no es Coudray?
CLOÉ ¡No! ¡Para mí ese tipo se llama Claudio Barrois!

MARG. ¿Claudio Barrois?

CLOÉ Apostaría la cabeza.

MARG. ¡Entonces es el amigo más íntimo, el mejor amigo de mi marido!

GEN. (Que ha cesado de llorar desde las primeras revelaciones de Cloé y ha escuchado con creciente interés.)

MARG. Aguarda, aguarda... Ahora que me acuerdo... Yo tenía tres tarjetas, tres, de Coudray en este cajón, y ya no hay más que dos: lo ví cuando fuí á devolvérselas hace poco. Me han quitado una.

CLOÉ La que le sirvió para presentarse... ¿Pero quién te la puede haber quitado?

MARG. ¡Mi marido!

CLOÉ ¿Gaston?

MARG. ¡No puede ser otro!

GEN. No... Vamos por mal camino.

CLOÉ ¿Por qué?

GEN. ¿Y el doctor, que le conoció en cuanto le vió?

MARG. Es verdad. Y debe conocer bien á Coudray; ¡le ha asistido aquí tres años!

CLOÉ Hay algo más grave. Hace poco, mientras estaba aquí con Gaston, me metí en su cuarto y he visto su maleta. ¡Tiene las iniciales C. B.!

GEN. ¡Claudio Barrois!

MARG. ¡Oh, sería inaudito!

CLOÉ ¿Dónde anda ahora?

GEN. Ha ido á ver á la señora Juana, que vino á saludarle.

CLOÉ Entonces estamos tocando el violón. ¡Puesto que la conoce, es Pablo Coudray!

GEN. ¡Espera, espera!... Ahora recuerdo que al principio se negó á recibirla y sólo cuando oyó á Gaston que la señora Juana se había vuelto sorda y había perdido la vista, le entraron ganas de verla.

CLOÉ ¡Claro, no podían verle ni oirle!

MARG. ¡Ah, es preciso salir de dudas!

GEN. ¿Qué haremos?

CLOÉ ¿Dónde está esa Juana?

GEN. En la cocina debe haber entrado.

CLOÉ Voy á interrogarla.

MARG. ¿Y cómo te vas á entender con ella?
CLOÉ ¡Te digo que á mí me oyen hoy los sordos!
MARG. Sobre todo mucha prudencia, que nadie se entere hasta saber. . Sobre todo Gaston.
CLOÉ ¡Descuida! (Se va á escape por el foro izquierda.)
GEN. (Muy contenta.) ¡Ay, Margarita! ¡Si fuese verdad! ¡Si no fuese Pablo Coudray no habría hecho esas picardías!...
MARG. ¡Habría hecho otras!... ¡Y esas me las va á pagar quien yo sé!... ¡Pero es imposible!... ¿Cómo va á equivocarse el doctor? ¡Hacía falta un parecido tan extraordinario! (Aparece Federico en la puerta del jardín y hace señas á Genoveva que se calle. Trae su cintita encarnada en el ojal.)
GEN. (Aparte.) ¡Federico!... Disimulemos. ¿A ver si esta le conoce?

ESCENA XVII

GENOVEVA, MARGARITA y FEDERICO por el foro

FED. ¿Se puede pasar?
MARG. Adelante. (Volviéndose, viendo á Federico y sin reconocerle. A Genoveva.) ¿Quién es este señor?
GEN. No sé.
MARG. ¿Qué desea usted?
FED. El señor Colombin, inventor del botón automático, ¿está aquí?
MARG. Sí, señor; tome usted asiento, voy á avisarle...
FED. (Arrojándose sobre Margarita y abrazándola.) ¡No es necesario! (Genoveva se ríe estrepitosamente palmoteando.)
MARG. ¡Señor mío! (Defendiéndose; Federico la abraza á mas y mejor.) ¡Déjeme usted! ¡Qué atropello!... ¡Genoveva! (Federico la suelta.) ¡Cómo! (Indignadísima, á Genoveva) ¿Y tú te ríes?
GEN. ¡Cogida! ¡Cogida! ¡Es él, Federico!
MARG. (Cayendo en la cuenta.) ¡Eres tú, tú!
FED. ¡Servidor!... ¡Por lo visto estoy completamente cambiado, desconocido!

MARG. ¡Si parece mentira! (Mirándole asombrada y complacida.)

GEN. ¿Eh? ¡Qué hombrón! ¡Y qué barbas!

MARG. ¡Soberbias!... ¡Ven, hombre, que te abrace yo por buenas!

FED. ¡Margarita mía!... ¡Cuántas ganas tenía de verte!

MARG. ¡Diez años!

FED. Diez años. ¡Ya han pasado cosas desde que me marché!

MARG. ¡Ya lo creo! (Genoveva ha reparado en la condecoración y se la señala á Margarita.) A ver, á ver; ¿la Legión de Honor?

FED. (Dándose tono.) ¿Qué te habías figurado? ¡No sabes tú aun quién es tu hermanito!

MARG. ¡Y papá que decía que nunca serías nada!

FED. ¡Veremos lo que dice ahora mi señor padre! ¿Y tú? ¿Cómo te va? ¿Te casaste?

MARG. ¡Ya hace dos años! (Suspirando.)

FED. Y... (Con cariñosa reconvención.) según parece, no es usted muy juiciosa, hermanita.

MARG. ¿Cómo?

FED. ¡Siempre romántica! ¿Seguimos admirando más de lo debido al famoso poeta?

MARG. ¿Quién te lo ha dicho?... Apuesto á que ha sido la niña... (Por Genoveva.)

FED. Sí; ésta ayer. Se te ha llenado la cabeza de humo por un poeta decadente. Te chiflas por un psicólogo... ¡qué ridiculez!

MARG. ¿Hablas de Pablo Coudray? ¡Si no lo puedo sufrir!

FED. ¿Le detestas?

MARG. ¡Me repugna!

FED. (Sorprendido.) ¡Vaya!

MARG. ¡Ahora no soy yo, es esta la que está loca por él!

FED. ¿Genoveva? (Asombradísimo.)

MARG. ¡Enamorada perdida, chico, enamoradísima de él!

FED. ¡Bah! (Incrédulo.) ¿Tú quieres á Coudray? (A Genoveva.)

GEN. ¡Sí!... ¿Hago mal?

FED. Vamos á ver, ¿se han propuesto ustedes tomarle el pelo á su apreciable hermano?

MARG. Nada de eso.
FED. ¿Habláis en serio?
GEN. Muy serio.
FED. (A Genoveva.) ¿Pero ayer no me digiste?...
GEN. Ayer no le conocía.
FED. ¿Y hoy le conoces?
GEN. Está aquí desde ayer tarde.
FED. ¿Pablo Coudray? (Incrédulo.)
GEN. ¡Ah! Ahora recuerdo; tú me has dicho que le conoces, que le has visto...
FED. Sí, en Argelia, varias veces...
MARG. Entonces tú nos vas á decir... (Saca el retrato de un cajón de la mesita.)
FED. ¿Qué os voy á decir?
GEN. Tenemos nuestras dudas...
MARG. Mira. (Dándole el retrato.)
FED. ¿Y quién es este morito? (Mirándole.)
MARG. Pablo Coudray.
FED. ¿Este beduino... ¡Cá! (Riéndose.)
GEN. (Contentísima.) ¿No es él? ¿Estás seguro?
FED. No se le parece ni á cien leguas. ¡Coudray es un tipo así como yo!
GEN. ¡No es él! ¡Ay qué gusto!... ¡Dame un abrazo! (Le abraza.)
FED. ¡Hermanitas de mi alma, mi cerebro se extravía! (A Margarita.) ¿Ayer tú estabas chiflada por Pablo Coudray?...
MARG. ¡Sí!
FED. ¿Tu (A Genoveva.) no le podías sufrir?
GEN. ¡No!
FED Hoy, cambio de decoración. ¿Tú (A Margarita.) no puedes ver ni en pintura al tal Coudray?...
MARG. ¡Oh, no!...
FED. ¿Y tú, niña, le adoras?
GEN. ¡Oh, sí!
FED. ¡Pues si lo entiendo que me aspen!... ¿Si me hiciéseis el favor de explicaros un poco?...
MARG. (Temblando de ira.) ¡Sí, porque ahora ya me doy cuenta de todo! ¡Mi marido se ha burlado de mí! ¡Ah, esta me la paga!
FED. ¿Burlarse de tí?
MARG. ¡Este beduino (Por el retrato.) es Claudio Barrois!

FED. ¡Muy señor mío! ¿Y quién es Barrois?

MARG. Un amigo de Gastón. Los dos se han entendido para jugarme una farsa indigna.

FED. A ver, á ver. (Con muestras de jovial aprobación.) Aclárame eso.

MARG. Ayer Barrois se ha presentado aquí, fingiéndose Pablo Coudray y, desde que llegó, todo su empeño es rebajar á mis ojos el poeta que yo admiro. ¡Ah, infame! ¡Ah, farsante! ¡Ah, pillo!

GEN. ¡Por Dios, Margarita! (Defendiéndole.)

MARG. No hablo de él, ¡hablo de mi marido! ¡Y yo, tonta, más que tonta, he caído en el lazo! Me he creído todos esos embustes! ¡No se lo perdonaré jamás, jamás!... ¡Y quiero venganza!

FED. (Alegremente.) Eso es otra cosa. Burla por burla. Corriente. Así quedais en paz y jugando. Yo sería el primero en reirme... y hasta me ofrezco á ayudarte si puedo.

MARG. (Sonriendo á una idea que acaba de ocurrírsele.) ¿Sí? Pues te cojo la palabra.

FED. Con alma y vida... ¿Pero á condición de que se acabaron las tonterías?

MARG. Convenido.

GEN. (Mirando hacia el jardín.) Ahí vienen papá, Gastón y... él.

FED. Voy á sorprenderles.

MARG. No. Tú te vienes conmigo á conspirar. Ya verás. Y tú (A Genoveva.) Ni una palabra de que éste ha venido. (Se va por la derecha primer término, llevándose á Federico.)

GEN. (Muy contenta.) ¡No es Pablo Coudray! Por consiguiente nada tiene que ver con la de Cabriac! ¡Ya sabía yo que no podía engañarme! ¡Si aquellos ojos no pueden mentir! (Con gran énfasis.) La señora de Barrois! ¡Pues suena muy bien! (Se pone á arreglar cachivaches y flores.)

ESCENA XVIII

GENOVEVA, CLOÉ, por el foro izquierda. CLAUDIO BARROIS, GASTÓN y COLOMBIN por el foro derecha

GEN. ¿Ha visto usted á la señora Juana?

CLOÉ No. Se había marchado.

CLAU. (Viendo á Cloé y adelantándose á ella. Aparte,) Trataremos de irnos reconciliando. (Alto.) Señorita. Antes me permití con usted una broma que debe haberle disgustado un poco...

CLOÉ (Secamente.) No me ha hecho maldita la gracia.

CLAU. Le pido á usted humildemente perdón. Ha tenido usted muchísima razón en molestarse, porque no podía usted adivinar los motivos que me impulsaban.

GAS. (Aparte.) ¿Qué dice?

CLAU. Se trataba de una experiencia; de un documento literario que deseaba tomar del natural...

GEN. (Aparte.) ¿Eh?

CLAU. Necesitaba saber el efecto que producirían palabras ofensivas, sarcasmos inmerecidos, en una naturaleza delicada, en un temperamento exquisito, en un alma de artista; hacer la disección del sentimiento...

CLOÉ (Que ha ido poniéndose hueca, rebosando de placer.) ¡Oh, querido maestro!

CLAU. Y confesará usted que no podía escoger mejor...

GEN. (Aparte.) ¡La verdad es que finge con un aplomo alarmante!

CLAU. Jamás olvidaré el hermoso arranque de indignación, la soberbia llama de cólera que pasó por sus ojos; todavía suena en mis oídos el acento de su dignidad ofendida...

CLOÉ ¡Ah! ¡No se hable más de eso!

GAS. (Este animal se ha empeñado en que yo le rompa algo.)

CLAU. ¡Será una de las más hermosas páginas de

mi próximo libro!... ¿De modo que estoy perdonado?

CLOÉ Y yo, honradísima, maestro, de verme disecada por usted...

CLAU. Gracias, señorita. (Besandola respetuosamente la mano.)

CLOÉ ¡Ningún mayor placer para mí, maestro, que verle á usted examinarme por dentro, penetrar hondamente en mí!

COL. (¡Está de remate!)

CLOÉ (Aparte á Genoveva.) Es un hombre encantador.

GEN. (Aparte á Cloé.) ¿Verdad que sí?

CLOÉ (Aparte á Genoveva.) Y no me cabe ya duda de que es Coudray.

ESCENA XIX

DICHOS, MARGARITA, CABRIAC; luego MARÍA

MARG. (Entrando por el jardín con Cabriac.) ¡Pase usted, capitán, pase usted.

GEN. (Aparte.) ¡Ay!

COL. (Aparte á Gastón con recelo.) ¡Cabriac!

CAB. (Después de saludar á todos con una inclinación de cabeza, se encara con Claudio.) Probablemente no esperaba usted verme tan pronto.

CLAU. (Irónico.) No esperaba tanto honor.

CAB. Pero antes de enviarle á usted mis padrinos para un duelo, que será terrible, he querido asegurarme que no había error en la persona. Por consiguiente, aunque pretenda usted negarlo, es usted Pablo Coudray.

CLAU. Puesto que ha hecho usted la indagatoria, no hay más que inclinarse.

MARÍA (Entrando con una tarjeta en la mano.) ¡Señor!

COL. ¿Qué hay?

MARÍA Este señor desea verle.

COL. (Tomando la tarjeta y lanzando un grito.) ¡Ah!

CLOÉ ¿Qué pasa?

COL. ¡Pablo Coudray! (Mostrando la tarjeta. Movimiento general de sorpresa.)

TODOS ¡Cómo!

MARG. ¿Otra vez?

CLAU. (¡Ahora sí que nos caímos!)
GAS. ¡Imposible!
CAB. (Cogiendo la tarjeta.) ¡En efecto! ¡Pablo Coudray!
COL. Entonces usted, (Encarándose con Claudio.) señor mío, ¿quién es usted?
CLAU. ¿Yo?... Pregúnteselo usted al capitán. Su indagatoria no deja lugar á dudas, según dice.
CAB. ¡Y lo sostengo!
COL. ¿Pero y éste? (Enseñando la tarjeta.)
CLAU. Puede usted preguntarle también al capitán. (Con sorna.)
COL. Ahora veremos. (A María.) Que pase este señor.
CLAU. (Aparte á Gastón.) ¡Pronto saldremos de dudas!
MARG. Lo peor será si papá le conoce. (Aparece Federico en la puerta del jardín.)
FED. ¿Se puede?
GAS. (Aparte á Barrois.) ¡Mira! ¡Es él! ¡Es él!
CLAU. (Aparte.) Yo no estoy muy seguro.

ESCENA XX

DICHOS y FEDERICO

GEN. (Aparte.) ¡Federico!
COL. (Aparte.) Este está condecorado. Debe ser el auténtico. (Alto.) Pase usted adelante.
FED. (Aparte.) El autor de mis días no me reconoce. (Alto.) ¿El señor Colombín?
COL. Servidor. ¿El señor Coudray?
FED. Servidor. Acabo de regresar de Argelia, y encontrándome en París por unos días, no he podido resistir el deseo de volver á ver esta finca de Fontenelles, donde he pasado días tan felices...
CAB. (Adelantándose feroz.) ¡Señor mío!...
FED. (Friamente.) ¿Decía usted?...
MARG. (Aparte.) ¡Ay! Se me olvidó prevenirle...
CAB. ¡Cabriac! ¡Capitán Cabriac!
FED. (Con mucha flema, apartándole á un lado.) Un momento. Soy con usted en seguida. No hablo con usted, sino con el señor. (Por Colombin.)
CLAU (Aparte.) Me parece á mí que este no es el del retrato.

COL. Me complacería y me honraría mucho recibiéndole á usted con todos los respetos debidos al nombre ilustre que lleva... pero, desgraciadamente, llega usted un poco tarde... el señor Pablo Coudray estaba ya aquí desde ayer.

FED. (Riendo.) Usted se chancea. ¿Pablo Coudray? ¡Hombre, quisiera verle!

COL. (Presentando á Barrois.) Aquí le tiene usted.

FED. ¡Ah! (Saludándole con fina cortesía.) ¿Usted es Pablo Coudray?

CLAU. Sí, señor; ¿y usted?

FED. Yo también. Es curioso, ¿verdad?

CLAU. Curiosísimo.

COL. Vamos á ver, señores. Acaso hay una semejanza de nombres. Se trata del célebre escritor Pablo Coudray, el novelista, el psicólogo, el poeta.

FED. Servidor.

COL. El poeta famoso.

CLAU. Servidor.

GAS. (Ya es inútil insistir.)

COL. Sin embargo, que yo sepa, no hay más que un Pablo Coudray, poeta y novelista.

FED. Es evidente.

CLAU. Evidentísimo.

COL. Entonces...

FED. (Con mucha flema.) Uno de los dos es un impostor.

CLAU. (Idem.) Falta saber cuál de los dos.

COL. Deben ustedes tener alguna prueba de identidad; alguna carta, un documento...

CLAU. (Sacando su cartera y buscando.) Ciertamente... ¡Calla! ¡No! No llevo aquí ninguno.

FED. (Palpándose los bolsillos.) Tampoco yo... Es particular... Ni que lo hubiese hecho de intento... He olvidado la cartera.

CLAU. (Aparte.) Yo bien decía. No es él.

COL. ¿Ni siquiera una tarjeta?

CLAU. Me quedaba una y la dí ayer para anunciarme.

FED. Lo mismo que yo. Me quedaba una... Y la he hecho pasar...

CLAU. (¡Es un farsante!)

COL. No hay medio de averiguar la verdad.

CAB. Sí, lo hay. (Con voz de trueno plantándose entre los dos.) ¡Susana!

FED. (Apartándole con flema.) Un momento. Somos con usted en seguida. (A Claudio.) ¡Qué pesado es este señor!

CLAU. ¡Insoportable!

COL No nos embrolle usted más, capitán. (Cloé se lleva al capitán al fondo, calmándole.)

GAS. (Aparte.) ¡Margarita no me perdonará nunca el engaño!

CLAU. Mi querido colega, ¿quiere usted que hablemos cinco minutos en particular?

FED. (En el mismo tono.) Iba á decirlé á usted lo mismo, querido compañero. Cinco minutos de conversación aclararán probablemente este misterio... que solo puede provenir de una mala inteligencia.

COL. Bueno. Dejémosles solos.

CLAU. Eso es. Cinco minutos.

CAB. ¡Nada más que cinco minutos!

CLOÉ Deme usted el brazo, capitán, daremos una vuelta por el parque.

CAB. Pero nada más que cinco minutos.

CLOÉ (Marchándose con él.) ¿Por qué no olvida usted á aquella ingrata que no supo comprenderle?... (Se van por el jardín.)

COL. (Llevándose a Margarita y Genoveva por el foro derecha.) ¿No os parece que los dos se están burlando de nosotros?

MARG. ¿Y por qué?

GEN. Sí, ¿por qué?

COL. No lo sé; pero estoy muy escamado. (Se van.)

GAS. (Aparte á Barrois.) Lo mejor es confesar.

CLAU. (Idem á Gastón.) No. Todavía no. Déjanos. (Gastón se va.)

ESCENA XXI

FEDERICO y CLAUDIO BARROIS

FED. Usted es el señor Claudio Barrois, amigo íntimo de Gastón Baudoin. Usted no es Pablo Coudray.

CLAU. ¿Y usted?
FED. Tampoco.
CLAU. (Alegremente.) Me lo había figurado.
FED. Yo soy Federico Colombin, hijo del dueño de esta casa.
CLAU. Y por consiguiente hermano de la señora Baudoin y de la señorita Genoveva.
FED. Exactamente. (Tendiéndole la mano.) Tantísimo gusto en conocerle á usted.
CLAU. (Idem, idem.) El gusto es mío.
FED. ¡Usted ignora que mi hermana Margarita ha adivinado todo el complot que contra ella había usted fraguado con su marido!
CLAU. ¡Imposible!
FED Acaba de decírmelo.
CLAU. ¡Demonio!
FED. Ya puede usted figurarse si estará furiosa.
CLAU. Me lo figuro.
FED. Quería dar una campanada. Divorciarse, ¡qué sé yo!
CLAU. ¡Pobre Gastón!
FED. ¡Yo he logrado calmarla, pero á condición de ayudarla á burlarse de su marido!
CLAU. Es muy justo.
FED. Y por esa razón me he presentado aquí como Pablo Coudray. Mi cuñado debe tener un susto regular.
CLAU. ¡Morrocotudo!
FED. ¡Magnífico!
CLAU. Pero... ¿ustedes no se conocían?
FED. No. Yo hace diez años que me marché de casa. Ya ha visto usted que ni siquiera mi padre...
CLAU. ¿Debo prevenir á Gastón?
FED. De ningún modo. ¿El está convencido de que soy Coudray?
CLAU. Convencidísimo.
FED. Pues, déjele usted.
CLAU. ¡Ah! Ahí viene su hermana de usted. Les dejo.
FED. Sí, hágame usted el favor.

ESCENA XXII

FEDERICO, MARGARITA, luego GASTÓN

FED (A Margarita, que sale por el foro derecha.) ¡Todo va bien!... Tu marido no sospecha nada; cree que yo soy el verdadero Pablo Coudray y puedes hacerle rabiar cuanto quieras.

MARG. Sentémonos aquí. Y ahora, para irnos poniendo en situación, hazme el amor.

FED. ¿Persistes en tu idea?

MARG. ¡Ya lo creo! Anda, hijo, anda, no sea que esté mirando.

FED. ¿Qué hay que hacer?

MARG. ¡Pareces tonto! ¡Hablarme apasionadamente! ¡Pantomima, pero expresiva! ¡Anda, hombre!

FED. ¡La verdad, hermanita! No es por ofender tu natural belleza.. pero contigo no se me ocurre nada. Estas cosas en familia no resultan.

MARG. ¡Vamos, hombre! Haz gestos siquiera. ¡Expresivos!

FED. ¿Así? (Poniéndose las manos sobre el corazón y accionando exageradamente.)

MARG. Habla bajo, cuéntame cualquier cosa; pero aquí muy cerquita, casi al oído.

FED. ¿Así?

MARG. Allí está. (Aparece Gastón, con un periódico en la mano, por la ventana del foro izquierda.)

FED. Lee un periódico. (Mirando de reojo.)

MARG. Disimula para espiarnos. Anda, empieza á contarme algo.

FED. (Inclinándose hacia ella.) Pues... Dos y dos son cuatro.

MARG. (Con muchos aspavientos de coquetería.) ¿De veras? Usted exagera. (Bajo.) Más pasión, hombre.

FED. ¡Y cuatro ocho, y ocho dieciséis!... Ya nos ha visto. Ya viene.

MARG. Por Dios, maestro, ¿qué dice usted?

FED. (En actitud muy amorosa.) Este era un rey que tenia tres hijas...

MARG. ¡No le creo á usted!

FED. Hace usted mal, señora, se lo juro... Tres hijas y las metió en tres botijas...

MARG. ¡Cógeme una mano! ¡Oh, maestro, por Dios, no abuse usted de mi emoción! No había usted contestado á ninguna de mis cartas.

GAS. (Ha tenido el valor de escribirle.) (Metiendo el cuerpo por la ventana.)

FED. (¡Que se cuela!) Por prudencia. A causa de su marido de usted. He preferido venir en persona.

GAS. (¡Ah, canalla!)

FED. ¡Que se nos viene encima!

MARG. ¡Abrázame!

FED. ¡Pobre hombre, lo que debe estar sufriendo! (La abraza.) ¡Y pobre de mí si me alcanza! (Da una vuelta entera parodiando los dúos de ópera al abrazarla, para esquivar el cuerpo del encontrón con el marido.) ¡Ah, Margarita!

MARG. ¡Ah, maestro, soy tuya!

GAS. (Sale por el foro corriendo.) ¡Ah, infames! (Margarita echa á correr por un lado, anonadada y riéndose al paño. Federico echa á correr hacia otro lado, esquivándose cómicamente tras un mueble. Gastón queda, por la rapidez del movimiento, solo en medio de la escena, en actitud amenazadora.)

MARG. ¡Oh! ¡Terrible momento!

FED. (Al parapetarse.) ¡Eh! ¡Alto el fuego!

GAS. (Yendo hacia Federico.) ¡Canalla! ¡Cobarde! (Alzando el brazo para alcanzarle.)

FED. (Cómicamente trágico.) ¡Fraticida! ¡Detente!

GAS. (Parándose un segundo.) ¿Eh?

FED. ¡Vas á matar á tu cuñado!

MARG. ¡Ja, ja, ja! (Acercándose á su marido y señalando á Federico.) Te presento á mi hermano Federico Colombin.

GAS. ¡Cómo!... ¡Qué!... ¡Federico!... ¿Tu hermano? (Emocionadísimo, alegre y enternecido á la vez.) ¡Luego tú!... ¡Luego él!... ¿No era verdad? ¿Era una broma?

FED. Completa.

MARG. Mi venganza. A farsa, farsa y media.

FED. Y ahí la tiene usted... Ahí la tienes cuñado, curada de poetas y queriéndote más que nunca.

GAS. ¡De veras! ¡Margarita, mujercita mía! (Abrazándola. Ella se muestra muy cariñosa.) ¡Ay, qué ratito me habéis dado!

MARG. Vamos, todo está concluido y perdonado.

GAS. (Tendiendo la mano á Federico.) Y usted... digo, tú, ¡de buena has escapado!

FED. ¡Ya, ya! Pero yo soy así; todo por la paz de la familia. Ahora sólo me falta domesticar á papá.

GAS. De eso yo me encargo.

MARG. Ahí viene.

ESCENA ÚLTIMA

DICHOS, CLAUDIO BARROIS, COLOMBIN, GENOVEVA, CABRIAC, CLOÉ, luego FRANCISCO

COL. (Entra por el jardín.) Está bien, señor Gastón; nos has engañado á todos. El señor Barrois acaba de contarme... Después de todo has hecho bien... Pero lo que es al tarambana de mi hijo, que se ha atrevido á presentarse aquí... (Buscándolo amenazador. Federico se presenta sacando mucho el pecho para que se le vea la cruz.)

FED. Detente, papá. Mira (Señalando la cinta roja.) y abrázame...

COL. ¡Condecorado!... ¡A los veintiocho años! ¡Y yo que voy á cumplir cincuenta y dos!...

FED. Tú lo serás para Enero. Me lo han ofrecido. (Colombin se decide á abrazarle.) Si dura todavía este gobierno.

COL. (Descorazonado.) ¡Entonces estoy fresco!

FED. Y mira. (Señalando el grupo que forman Gastón y su mujer, completamente reconciliados.) ¡Eso también es obra mía!

COL. Algo bueno habias de hacer en tu vida. Pues mira. (Señalando á Barrois y Genoveva, que entran por el foro muy amartelados.) ¡Eso es obra mía! ¡Los caso!

MARG. (A Gastón.) Hay una sola cosa que no me explico. El retrato que me envió el librero.

GAS. Lo cambié yo. Ya te enseñaré el verdadero Pablo Coudray.

MARG. No, no quiero verlo. Lo quemas.

FED Vamos, con este loco ha entrado el juicio en esta casa.

CAB. (Entrando con Cloé por el jardín.) Sepamos de una vez quién es el verdadero Coudray.

CLAU. Yo no soy, capitán.

FED. Ni yo.

COL. Ninguno de los dos, capitán.

CAB. Entonces hay tres. ¿Dónde está el otro?

COL. Desengáñese usted, capitán; lo mejor será un buen divorcio y á olvidar á la ingrata.

CLOÉ. (Muy insinuante.) Sí, á buscar el olvido en nuevas pasiones.

CAB. Tiene usted razón. (A Colombin, estrechándole la mano.) ¡Usted es todo un hombre! (Idem á Cloé.) ¡Y usted también!

FRAN. (Entrando por el foro.) Un grupo de touristas desea visitar la casa.

TODOS ¡Ah! ¡No, no! Basta de visitas.

COL. ¿Y cómo librarnos de ellos?

CLAU. (Yendo rápidamente á escribir en un papel.) Es muy fácil. (Dándole á Francisco lo que ha escrito y leyéndolo.) Pegue usted este letrero en la puerta. «Esta casa ha dejado de ser MORADA HISTÓRICA. Se prohibe la entrada.» (Telón.)

FIN DE LA OBRA

3 0112 117469558

Este ejemplar, asimilado á un manuscrito, no puede venderse al público y solamente se facilitará á las empresas los dos ejemplares necesarios para la representación, y bajo su estricta responsabilidad, en la Sociedad de Autores Españoles.